

GO WEST, MUTIL

Álvaro Ordóñez Iragorri

Alma blanca 

AV

D.J.57

8608 kilómetros separan Gernika de Winnemucca en el estado de Nevada. En este viaje al infierno de dos hermanos vascos en los albores del pasado siglo XX, el lector tendrá la oportunidad de conocer a clérigos gansteriles, notarios corruptos y un pasante tuerto, indios, vaqueros, la villa de Gernika, el puerto de Cherburgo, la isla de Ellis, la ciudad de Manhattan, el desierto de Nevada, gánsteres clásicos y uno moderno, el final del mundo del Oeste y el comienzo del crimen organizado. Chinos opiómanos y combates de boxeo hasta la muerte. Una suripanta cruel, un asesino diletante disfrazado de Tom Mix y una bella historia de amor.

Álvaro Ordóñez Iragorri

Go west, mutil



Título original: *Go west, mutil*
Álvaro Ordóñez Iragorri, 2020

Revisión: 1.0
01/10/2020

A Carol.

CAPÍTULO 1

Ninguno de los allí reunidos podía imaginar que el edificio en el que se encontraban saltaría por los aires años más tarde. Es más, nadie habría creído, si un nigromante se lo hubiera contado, que veintiséis años después seguiría en este mundo pensando en las toneladas de bombas, de todo tipo, que iban a convertir aquel lugar en uno de los sitios donde se perpetrara el primer gran bombardeo aéreo de la Historia. Pero así fue. Aunque, claro, que aquel vetusto edificio saltara por los aires no tuvo nada de particular. De hecho, todo el pueblo voló la mañana del veintiséis de abril de 1937. La Legión Cóndor alemana fue la encargada de hacerlo desaparecer minuciosamente. ¡Guernica!

En fin, como ya he mencionado, aquello sucedió muchos años después de la reunión que voy a describir y que tuvo lugar en la notaría. Casi un mes antes, don Fermín, el pasante del notario, dio un saltito sobre el cojín de terciopelo magenta sobre el que llevaban acomodadas dos horas sus posaderas. Se encontraba despachando todo tipo de papeleo, arrojando a una papelera dorada de rejilla las cuestiones que pudiesen abrumar a su patrón, y acumulando en la gran mesa de caoba los asuntos sobre los que, a su leal saber y entender, valía la pena que se posasen los sabios y cansados ojos del Gran Hombre. El motivo por el que don Fermín pegó aquel salto fue una de las cartas. La había abierto desganadamente con un abrecartas de marfil, única coquetería que se había permitido en más de treinta años de trabajo, y se encontró con algo extraordinario. Entre pasitos cortos y nerviosos, solicitó permiso para traspasar el umbral del despacho de su jefe,

el notario don Silvestre Ibarlucea y Zárraga, que, para él, era algo así como Dios vestido de paisano.

Don Fermín estaba como un flan. Se notaba en cómo se acentuaban sus pasitos cortos, su risita nerviosa y sus manitas apretadas contra los puños de celuloide. Y es que debía leer a don Silvestre aquella carta, una carta escrita por alguien a quien todos conocían, pero al que daban por muerto. Bueno, eso, los que lo recordaban. Esperó Fermín a que don Silvestre terminara su café-café (no esa achicoria aguachinada que se trajinaba en el resto del pueblo) y diera un sorbito de coñac-coñac (no ese saltaparapetos) para leer el contenido de la misiva. Tan pronto como este levantó la vista del papel, Fermín lo miró como lo haría un ratoncito hipnotizado con el gato que lo ha descubierto.

Atusose don Silvestre el bigote, estirose el chaleco de seda, pasose la mano por la leontina de oro con monedas, aclarose la garganta y proclamó:

—¡Válgame Dios! ¡Esto es prodigioso! —Dicho lo cual, se levantó haciendo crujir el cuero de su silla y provocando un nuevo respingo en Fermín, como si hubiera sonado un cañonazo.

—Me voy —dijo don Silvestre consultando su reloj Roscoff antes de agitarlo como una maraca y aplicarlo a su oído para sonreír más tarde como una novicia recién casada con Dios.

—¿Adónde? —quiso saber el perrito, perdón..., el pasante.

—¡Adónde va a ser, alma de cántaro! A hacer exactamente lo que nos han encomendado. ¡A hacer correr la noticia por ahí! —proclamó.

Volvió a atusarse el bigote, a estirarse el chaleco, a pasarse la mano por la leontina y aclararse la garganta. Pero esa vez, además, echó mano del levitón de terciopelo negro que estaba colgado del perchero de nogal castellano. No llegó a ponérselo por sí mismo porque, en menos que canta un gallo, el servil don Fermín se lo ayudó a calzar y ajustar y, de no se sabe dónde, sacó un cepillo. De un par de rápidas cepilladas, dejó al notario más bonito que un san Luis. Salieron juntos del despacho y avanzaron por el largo pasillo que daba a la puerta de la calle, no sin antes haber saludado a sus empleados, que, solícitos, devolvían el saludo casi sin levantar la vista de sus respectivos escritorios. Cuando don Fermín le entregó a su dueño la chistera y el bastón a la velocidad del rayo, observó consternado una motita

en el hombro de ese gran hombre que era don Silvestre, de modo que le pidió permiso para quitársela, se la limpió y respiró aliviado.

Salió el notario, cerró el pasante la puerta. En ese momento, don Fermín alzó la vista al cielo, que, en este caso, era de estuco de yeso con hojas de acanto, y exclamó, juntando las manos como si orase:

—¡Gracias, Dios mío, por haber puesto en mi vida a este benefactor de la Humanidad!

Entonces bajó la cabeza con tal fuerza que su ojo izquierdo, de cristal (y de segunda mano) cayó en la alfombra rodando. ¡A ver quién lo encontraba en esa pradera de lana!

Cualquiera que haya visto las películas del gran John Ford, por poner solo un ejemplo, se habrá hecho una idea de lo que son los grandes espacios abiertos. Una nube aquí y otra allá, como para hacer bonito; la tierra calcinada bajo un sol opresivo; la serpiente de cascabel saliendo de una roca y refugiándose rauda en otra; el saguaro..., en fin, la iconografía clásica de la leyenda del *Far West*. Todos tenemos esas imágenes en la cabeza. Pero los cuatro desgraciados que cruzaban el desierto de Nevada, no. Y no las tenían por la sencilla razón de que no habían visto una película en su vida. Habían llegado desde muy lejos, desde la otra parte del mundo, y en esa parte del mundo no había cinematógrafo, ni nadie conocía a los hermanos Lumière. Donde se encontraban en esos momentos, faltaban muchos años para que alguien conociese las hazañas de Tom Mix.

Estaban agotados porque venían huyendo de sus amos. ¿De sus amos? ¿Pero no habían ganado los *yanquis* la Guerra de Secesión? ¡Ahí está la almendra del asunto! Esos cuatro pobres diablos estaban pasándoselas canutas a diez mil kilómetros de sus casas precisamente porque Abraham Lincoln había abolido la esclavitud. Sus perseguidores se habían retirado. Y se habían retirado porque sabían lo que era bueno. Se estaban adentrando en territorio indio.

Casi todo lo que se cuenta de los indios es verdad. Casi todo. Son silenciosos, son sinuosos, son invisibles, son peligrosos. Son crueles y están espoleados por el natural odio hacia quien ocupa una casa sin haber sido

invitado. Casi todo lo que se cuenta. Hay algo que me cuesta aceptar, ¡las señales de humo! ¿Cómo seres tan silenciosos y discretos, tanto que fue la guerra de guerrillas su principal arma, eran capaces de realizar señales en el impoluto cielo de Nevada, que podían ser vistas a kilómetros de distancia? En fin.

En todo caso, en el momento que estoy narrando no había ninguna señal en el cielo que anunciase nada, a no ser una muerte lenta por deshidratación. Ya ni siquiera hablaban entre ellos. Al principio, cuando se percataron de que sus perseguidores habían desistido, se abrazaron y dieron saltos de alegría, pero de eso hacía horas. Tenían las caras llenas de pústulas; las mejillas, hirsutas; y la boca, llena de una indescriptible pasta que algunos optimistas podrían describir como saliva. Uno de ellos se puso a llorar desesperado, pero de sus ojos no brotaba nada; las lágrimas se evaporaban antes de aparecer.

Por fin se sentaron en ese roquedal lunar que es el suelo del desierto de Nevada. Tres lo hicieron en el propio suelo; el cuarto, que se llamaba Martín y era de Elanchove, lo hizo sobre una gran piedra redonda y anaranjada, pero se levantó como una flecha entre aullidos, agarrándose las nalgas con las dos manos. La piedra estaba al rojo vivo. Nada más ponerse en pie, una fuerza inmensa como la mano de un dios, volvió a sentarlo en la piedra, que ya ni quemaba ni nada.

Hace un momento he mencionado la palabra «flecha». Pues bien, el bueno de Martín tenía tres en el cuerpo. Repártalas el amable lector por donde buenamente quiera. Corrió como un pollo sin cabeza, esa vez sin aullar ni gritar, hasta que Nuestro Señor cortó la cuerda que le unía a la vida y cayó al suelo como una marioneta sin dueño. Los otros tres compañeros, a pesar de los cerca de sesenta grados a la sombra que parecían a punto de reventar las piedras, temblaban como hojas en medio de un monzón y se pusieron a rezar. ¿Qué otra cosa iban a hacer? Se sentían estafados, utilizados y explotados. Los habían engañado en Guernica, los habían estafado en Nueva York y los habían utilizado en Winnemucca, Nevada. ¡Por sus propios paisanos! Y eso les daba rabia y mucha pena. Hasta que unas cuantas flechas los despenaron.

Lo de las cabelleras es cierto. Pero no todas, en eso eran exquisitos.

Solo arrancaron tres. La del pobre Martín la respetaron; era calvo. Mientras se disipaba la polvareda de la partida de los shoshones hacia su campamento, los rostros de los vascos, mirando al cielo, adquirieron un rictus de preocupación y curiosidad a causa de los buitres que giraban en círculos por encima de sus cabezas. Pero luego dejaron de sentir preocupación o curiosidad por nada. Estaban muertos. Más muertos que la música disco.



Desde siempre, el tráfico ha sido un gran problema en la ciudad de Manhattan. Cualquiera que haya estado en esa inmortal ciudad puede corroborarlo. Pero, a comienzos del siglo veinte, aquello era la caraba. Imposible enumerar la cantidad de obstáculos que debía sortear el sufrido peatón simplemente para recorrer a pie unas decenas de metros en lo que un optimista patológico podría llamar aceras. Cruzar de una a otra era jugarse la vida. Carretas, carretones, carros de correos, carros blindados pertenecientes a entidades bancarias, caballos muertos, perros y gatos muertos, personas muertas..., carruajes de todo tipo, landós y lo que hoy calificaríamos como automóviles circulaban por el *Lower East Side* sin control, en todas las direcciones, como dirigidos por un loco que sueña que está aún más loco y quiere sembrar el caos en una ciudad ya, de por sí, caótica. Por si esto fuera poco, que nadie piense que las calles estaban asfaltadas; de eso nada. Unos minutos antes de la escena que les voy a referir, un *dandy* muy pinturero montado en un velocípedo se cayó a un lodazal de profundidad abisal. Todavía lo están buscando.

La escena en concreto se estaba desarrollando en un bar llamado *McSorley's ale House*, un encantador garito situado en la calle 15 con la 7. Todavía hoy se pueden saborear sus cervezas. Pues bien, era este, en aquel tiempo, un punto de reunión de todo tipo de gente: judíos y gentiles, santeros y fervorosos católicos, ateos y protestantes se daban cita entre

policías y ladrones, orfebres y picapedreros, granujas y aristócratas..., si es que en Nueva York pudiese haber alguna aristocracia de no ser los Carnegie, los Vanderbilt y algunos (pocos) apellidos de «alta alcurnia».

La gente se reunía en estos establecimientos porque sus casas eran auténticas neveras malolientes y en el *Sorley's* hacía calorcito; a veces, demasiado. Una enorme barra de zinc corría de pared a pared. El suelo estaba parcialmente cubierto de serrín para recoger, según la hora del día, agua del fregado, *whisky*, meados, dientes, sangre... ¡Nadie se aburría en *Sorley's*! Una gran estufa colocada en el centro proporcionaba al local el calor que necesitaban quienes podían huir, por un rato, de su miseria y soledad si tenían unos centavos para pagarse una cerveza. ¡No digamos un *whisky*!

¡Se podía fumar! Aunque parezca increíble, los parroquianos podían fumar donde les diese la gana en aquellos ya olvidados tiempos. Y como se podía fumar, el aroma que inundaba el establecimiento era adorable: puros de Cuba y de Virginia, tabaco de pipa holandés, cigarrillos egipcios... ¡la caraba!

Por todas partes había fotografías y grabados: caballos de carreras, chicas de carreras con corsés imposibles, una vaca que ganó no sé qué certamen en Limerick hacía un montón de años..., pero lo que de verdad abundaba era imágenes de boxeadores. Tipos a los que, de pequeños, no querían sus familias y, ya de mayores, se vengaban del mundo repartiendo puñetazos. Narices rotas, cejas rotas, labios rotos, pero puños incomprensiblemente intactos, y eso que en aquella época se boxeaba sin guantes.

Pues bien, en un rinconcito recoleto (es broma) de aquel pandemónium entre Sodoma y Babilonia, dos curas (como lo oyen, ¡dos curas!) hablaban precisamente de boxeo. Allí sentados, bien parecía que desentonaban como dos canguros comiendo cacahuets y saboreando una Guinness, pero los parroquianos hacía mucho tiempo que no se extrañaban por nada. Además, eran hombres de respeto, pero no porque fuesen los representantes de Dios en la tierra, ¡qué va! Los dos canónigos pertenecían a la mafia. En aquellos tiempos no existía la mafia, la *Cosa Nostra* o como lo queramos llamar, eso llegó años más tarde con la ilegalización del alcohol a través de la enmienda

xviii de la Constitución, o Ley Volsted en 1919. En los tiempos a los que me refiero, simplemente existían bandas. La del padre O'Hara era la del sudeste de Boston. Frente a él, estaba el padre «*Hollybelly*» comiendo cacahuetes y tirando las cáscaras al suelo con cara de no acostumbrarse al sabor de una cerveza negra. Su extravagante nombre no respondía más que a la traducción literal del que, ya hacía muchos años, le dedicaban sus paisanos y conocidos: «Tripasanta». En realidad, se llamaba Salustiano Aguirrezabal y acababa de comprar una excelente propiedad en su pueblo natal, Guernica. En el nuevo mundo se hacía llamar Tiburcio Azcuénaga, pero cualquiera pronunciaba semejante nombre, así que, en cuanto se hizo un hueco en el mundo del hampa, se esforzó en lograr dos cosas: la primera, hacerse llamar Salustiano Aguirrezabal, que, en su vacío caletre, era mucho más fácil de pronunciar; y la segunda, cambiar «Tripasanta» por «*Hollybelly*», por idénticas razones. En ambos casos su envergadura y su descomunal barriga que necesitaba ser alimentada constantemente daban sentido a su alias.

Quienes hayan tenido el valor frío de leer hasta aquí, gesto cargado de coraje y que yo aprecio sinceramente, amables lectores, se preguntarán qué hacían hablando de boxeo en un garito como *Sorley's*. En atención a su paciencia, se lo voy a desvelar.

El padre O'Hara, ligeramente echado hacia adelante, apuntaba con su puro a la nariz del padre *Hollybelly* en actitud beligerante.

—¡No, no, no! En absoluto. ¡La sección de mano de obra está funcionando mejor que el Pateck Philippe de Paddy!, pero, como recordarás, tu último hombretón de Marquina resultó ser un paquete de padre y muy señor mío, y eso no le gustó nada. Si hay algo que Paddy no soporta, es a los bocazas.

—Pero ya te dije que era un auténtico percherón. En su pueblo lo vieron levantar un arado con sus manos.

—En las tierras de donde venís no existe el noble arte del boxeo; supongo que allí lo arreglaréis todo a silletazos. Pero este deporte que tanto dinero nos hace ganar no tiene nada que ver con la fuerza. Es una cuestión de técnica, y me parece a mí que vosotros, técnica tenéis poca.

—¡Pero tenemos palabra! Te dije que se iba a tirar en el tercer asalto y

así fue.

—¡Y tanto que fue así, anormal! ¡Si ni lo rozó! ¡Un poco más y se echa en los brazos del árbitro! Además, ¡qué pantomima! Tiene que tomar clases de teatro. ¡Parecía un chiquillo haciendo de borracho!

—Es que era su primera vez.

—Mira, *Hollybelly*: Paddy me ha dicho que, por esta vez, te lo pasa por la buena labor que estás haciendo con la mano de obra que traes de tu tierra, pero te advierte de que al último bocazas que le hizo perder dinero le clavó la lengua a la barbilla. ¡Y tú no solo le has hecho perder dinero, sino también credibilidad! Y en esta ciudad, eso es esencial. Combate nulo y con visos de tongo... ¡Payaso!

El padre *Hollybelly* miraba, aparentemente impasible, la faz roja del padre O'Hara. Aparentemente. Por dentro, el corazón le latía a mil por hora. Su mirada no era desafiante, todo lo contrario. Era beatífica. Pasaba por encima de sus lentes de carey. En realidad, cualquiera diría que los llevaba de adorno; jamás miraba a través de ellos. Sin embargo, la del padre O'Hara era amenazante, agresiva. Se quedaron entonces callados, mirándose fijamente. Recordaban a esos perros de piedra que se ven a la entrada de algunos jardines privados, como, por ejemplo, el jardín de cuatro hectáreas que poseía Paddy O'Shaughnesy a las afueras de Boston. Sobre Paddy volveré más adelante, pero, por el momento permítaseme seguir con esos buenos pastores de almas descarriadas.

El padre O'Hara parecía un estibador. Uno ochenta de estatura; pies grandes; unas manos que, cuando te tendía una de ellas para saludarte, envolvía la tuya de tal manera que te hacía recordar aquellos tiempos en los que paseabas con tus mayores en busca de un helado porque te habías portado bien. El torso era el de un luchador, duro y musculado. La nariz rota daba a su rostro un aspecto inquietante que, unido a su expresión más seria que un infarto, hacían que a uno le costase creer que sus feligreses lo adorasen..., pero lo adoraban. Quizá fuese porque, como él, también eran irlandeses. Pero ahora estaba lejos del primer feudo irlandés, más allá de las suaves colinas de la verde Eire que era Boston, Massachussets. Ahora estaba en Nueva York, y allí las cosas eran muy distintas, tal y como se estaba encargando de explicar al vasco *Hollybelly*.

Para borrar cualquier rastro de su pasado, en cuanto vio un futuro mejor en el hampa, él mismo se había bautizado como Salustiano Aguirrezabal, sacerdote. ¿Por qué eligió tan difícil nombre? ¡Misterios! Pues bien, este hombre era también alto y grande; era, además, fofo. Siempre que estaba sentado, cruzaba las manos sobre su enorme tripa, que santificaba a todas horas bendiciéndola con todo tipo de manjares que estuviesen a su alcance. Su cara redonda, rubicunda y lampiña, que enmarcaba unos ojos azules muy intensos detrás de sus gafas, hacía de él la beatitud personificada. Nada más lejos de la realidad. Esos dos curas se dedicaban a la trata de mano de obra esclava y a las peleas clandestinas para enriquecer a su amo y, de paso, enriquecerse ellos mismos mediante el más vil de los engaños: despertar entre los más pobres de su lugar de origen el anhelo de un futuro mejor para ellos y los suyos. Habían realizado ya dos o tres operaciones y, hasta entonces, les habían salido bien. Hasta entonces. ¡Gentuza!

CAPÍTULO 2

Lo mejor para hacer correr una noticia en un pueblo es ir a la cantina con las fuerzas vivas y hablar en un rinconcito, con la voz más baja que se pueda, sobre el asunto que se desea que vaya de boca en boca. ¡No falla!

Así que, con alegre desenvoltura, un grupito formado por lo mejor del pueblo entró en uno de los tres bares que había en la plaza, el Gaur. En aquella época los bares eran tabernas; nada cómodos. Siempre que describimos un bar lo hacemos empezando por la ubicación de la barra; así, decimos que tal establecimiento tiene la barra situada a la derecha o a la izquierda con respecto a entrada. De nada nos valdría en este caso tal precisión, puesto que aquí la barra estaba situada justo frente a la puerta.

Vendían de todo. Velas, palmatorias, calcetines de lana muy basta que harían las delicias de una familia de pulgas perdidas, blusas de diario y de domingo, chapelas, tocino, chorizo, alubias... ¡en fin!

El dueño se llamaba Saturnino Basagoiti y era un guerniqués de pura cepa que rondaba la sesentena, cojo de la pierna derecha debido a la metralla que le regaló la tercera guerra carlista. Saturnino parecía siempre a punto de reventar. Alto, grandote, calvo como una bola de billar, carecía de cejas ni pestañas, con unos ojos azul eléctrico y un cutis terso como una manzana y de un rojo cabracho que asustaba. Le sobraban unos cincuenta kilos, pero, pese a lo que pudiera parecer, no estaba nada fofo y se movía por la tasca recogiendo vasos, llenando frascas y repartiendo comandas con la agilidad de una bailarina del Bolshoi.

Tenía a sus órdenes Saturnino a un pinche no muy alto, rubio como un querubín, de pelo rizado, ojos azules, tez muy clara y que siempre que podía se escaqueaba, que como todo el mundo sabe es obligación de cualquiera que cobrase el sueldo que cobraba él y que venía a ser lo comido por lo servido. Pero el muchacho era espabilado y voluntarioso cuando no quedaba otro remedio y además era un maestro a la hora de manejar el garrote si un borrachín se pasaba de la raya.

Pero en ese momento los que entraban por la puerta no eran borrachines, sino lo más granado de la sociedad guerniquesa, así que Saturnino y Juan, que así se llamaba el subalterno, se pusieron manos a la obra y despejaron la mesa que estaba junto a la única ventana del establecimiento, la mejor mesa, y la llenaron rápidamente con copas de coñac, aguardiente, bizcochos de soletilla y una gran jarra de agua fría con un bolado dentro, y anunciaron a los señores que, en unos minutos, estaría listo el chocolate, que, como todo el mundo sabía, era el mejor de la región y atraía a gentes de varios kilómetros a la redonda.

Pasaron a acomodarse las fuerzas vivas del pueblo en torno al velador de mármol, desde el que se podía ver (y ser visto) por lo que siempre fue el corazón del pueblo: la plaza. Las fuerzas vivas tenían muy pocos efectivos. A dos de ellos ya los conocemos: don Silvestre, el notario; y don Fermín, su pasante. Además, teníamos a los dignos representantes de las sociedades civil, militar y eclesiástica. Empecemos por la civil: don Cástor, el alcalde reelegido en innumerables ocasiones por su buen tino y empatía con sus paisanos, aunque era de Luno. El representante del ámbito militar no lo era tanto, pero, como iba de uniforme, pues eso. Era el jefe de alguaciles; Pedro, sin más. Era más bueno que el pan, incapaz de una mala palabra... ni de una buena obra. Ahora se le llamaría pusilánime, pero, como era alto y le sentaba bien el uniforme, pues eso. El mayor problema de orden público que tenía era hacer entrar en razón a los borrachines del pueblo los sábados por la noche y en las romerías. Y a base de años y mano izquierda, había conseguido hacerse respetar e, incluso en alguna ocasión, condujo de la oreja hasta la perrera a algún vocinglero trasnochador, aunque había quien decía que todo era un teatrillo y que al bocazas le daba unas monedas después de la función. Pues eso.

Y, por último, tenemos al representante del poder eclesiástico, don Anastasio. Gordo como un tudesco, de faz rubicunda, aunque con una nariz rota que le daba un aspecto más fiero de lo que su beatífica complexión señalaba. No se quitaba la teja ni para ir al baño. Olía permanentemente a alcanfor y sudor, no necesariamente por ese orden, y la sotana, aunque sorprendentemente entera a pesar de los años, tenía esos horribles brillos que los niños educados en los colegios de curas recordamos con repugnancia. Abrió la conversación precisamente don Anastasio, en cuanto el tabernero llevó las tazas de chocolate. A pesar de estar este (el chocolate) más caliente que la aldaba del infierno, el mosén dio un trago, venciendo la gula a la lógica prevención, y exclamó suspirando:

—¡Chocolate, ja! A cualquier cosa le llaman chocolate estos tasqueros... Estando yo en Roma... —Si se quemó la boca, no lo pareció en absoluto.

—Bueno, caballeros —dijo don Silvestre, pasando nerviosamente los dedos por la cadena de la leontina—. Se preguntarán ustedes para qué les he citado aquí, en un lugar tan público, y no en mi despacho.

—Sobre todo, cuando lo ha envuelto usted de tanto misterio —le cortó Pedro, el alguacil, al que los misterios no le gustaban ni pizca.

—En efecto, parece que existiese en ello una contradicción —siguió don Silvestre.

—Bien, ¿qué? —espetó don Anastasio con la boca llena de bizcocho.

—Es que la noticia es grande y debo dar la mayor publicidad, pero antes quiero que me den su opinión porque les tengo por personas cabales...

—Muchas gracias, don Silvestre. Me parece que es usted el único que nos tiene por semejante cosa en toda la comarca —terció don Cástor, el alcalde, meneando el bigote encerado al ritmo de los bocados que arreaba al bizcocho.

A todo esto, Saturnino y Juan no perdían ripio mientras fingían que estaban a lo suyo trajinando de acá para allá, porque eran las seis de la tarde y el local empezaba a llenarse de parroquianos sedientos que acababan de salir de los innumerables talleres que surtían de materiales a las dos grandes empresas de Guernica: «Joyería y platería de Guernica», y «Esperanza y compañía». Amén de los que trabajaban por su cuenta en pequeños talleres;

la mayoría de ellos, situados en sótanos a los que se accedía por los portales de los inmuebles, y que ayudaban en el montaje final de las pistolas que fabricaba «Esperanza y Compañía». A esas pistolas siempre se las ha llamado «pistolas portaleras».

—El caso —continuó don Silvestre—, es que a esto hay que darle la mayor publicidad, porque así me lo ha pedido la persona que se ha dirigido a mí y que ha depositado en el banco una asombrosa cantidad de dinero con la intención de gastarla en un palacete que quiere comprarse en la zona, y también de adelantar algo para los pasajes a América de cuanto personal podamos reclutar porque, según cuenta, eso es Jauja, y nos asegura que allí nuestros paisanos encontrarán en un santiamén el trabajo que por aquí escasea. Y si no son tontos, se harán de oro, que es exactamente lo que le ha pasado a él. Y como no quiere que los demás pasen por las calamidades que a él lo atenazaron al principio, está dispuesto a ayudar quien se lo pida siempre que pueda devolver lo prestado a un interés irrisorio. Por lo menos, eso dice él, al que, por cierto, siempre he tenido por un necio redomado y ¡mira tú!

—¿Y quién es ese bendito ser que, como Moisés, nos va a conducir por el desierto haciendo que se abran las aguas del Mar Rojo y dándonos de comer maná todos los días? —ironizó don Anastasio, buscando siempre la oportunidad para hacer proselitismo de su negocio.

—Ahí está lo gordo. No os lo vais a creer. ¡Salustiano! ¡Salustiano Aguirrezabal!

—¿¡¡¡Quééééé!!!? —preguntaron todos.



Caía la noche sobre el estado de Nevada. Los perseguidores, que por la mañana habían salido en pos de aquellos pobres vasquitos hechos un auténtico huracán, volvían al rancho convertidos en una suave brisa. Los caballos, extenuados, arrastraban las patas levantando polvo y la capa de su

pelo se diría blanca a causa del sudor. Los jinetes estaban rígidos como tablas, tensos porque sabían que el patrón se llevaba siempre un tremendo disgusto cuando las cosas no salían como a él le gustaba. Y el patrón, al que no le parecía bien disgustarse, la pagaba siempre con ellos.

Desde el portón de madera, que presidía una gran cerca coronada por una calavera de *big horn*, y que anunciaba «Rancho Brunetti», hasta las edificaciones donde vivía el personal y el propietario, habría aproximadamente un kilómetro y medio de distancia y, a pesar de que la temperatura había bajado notablemente, estarían a treinta y ocho grados centígrados. Pues bien, aquellos jinetes tenían frío y alguno hasta se había echado el capote por encima de los hombros. Barruntaban el asqueroso espectáculo del que iban a ser testigos de excepción. Porque una cosa era dar caza a unos aparceros que habían huido de su puesto de trabajo y otra muy diferente, pertenecer, como figurante siquiera, al siniestro espectáculo que esa noche iba a tener lugar en el rancho. Por cierto, llamar puesto de trabajo a eso es como llamar regatista a un galeote, pero, en fin...

Era noche cerrada cuando llegaron por fin a la plaza que conformaban los barracones y que, iluminada por antorchas, parecía más el escenario de un auto de fe inquisitorial que el paisaje de un poblado del Oeste americano, que es lo que realmente era. Muy cerca del gran abrevadero central se erigía una gran cruz de San Andrés, compuesta por dos grandes vigas cruzadas en aspa. Atado a ella, completamente desnudo, sin siquiera un calzón para tapar sus vergüenzas, un infeliz que pertenecía ya más al otro mundo que a este daba la espalda a los infortunados que tenían la desdicha de formar ante la plana mayor del rancho. Una decena de capataces estaban alineados detrás del dueño, cuyo dedo acusador señaló al que cabalgaba en vanguardia de los recién llegados.

—¡Malditos bastardos! ¡Todo el día! ¡Todo el día para cazar a esos mierdosos de vascos y venís con las manos vacías! —Dicho lo cual, se mesó los encrespados cabellos blancos y escupió al suelo. Fue como si hubiese escupido a la cara a los perseguidores. Ninguno de los jinetes sabía qué decir.

—¡Desmontad!

Rápidamente, se unieron a los desgraciados que llevaban toda la santa

tarde formados frente a la cruz de San Andrés.

—¡Está bien! —gritó el viejo—. ¡Llamad a Chuck!

Así que Chuck. ¡Chuck Brennan! Chuck había llegado de la ciudad la noche anterior. Cuando hablo de la ciudad, me refiero a Nueva York, por lo que el viaje en tren hasta Nevada fue de casi cinco días. Pocos lo habían visto, pero la noticia corrió como la pólvora por los barracones. Nadie creía que *Trigger Chuck* hubiese llegado desde la ciudad hasta aquel desierto en medio de la nada. Tenía que obedecer a algo importante, no para despellejar vivo a aquel pobre infeliz, que, a esas alturas de la tarde y después de llevar muchas horas crucificado, estaba ya prácticamente entonando el «*Gori gori*».

Todos los esclavos que habitaban aquel cementerio de muertos vivientes lo conocían. La mayoría ya lo había padecido desde que desembarcaron en la isla de Ellis. Fueron él y los otros hombres de O'Shaughnesy los que los habían bajado a pedradas del cielo en el que creían estar cuando, por fin, abandonaron Ellis para presentarse, confiados, ante el buen *Tripasanta*, rebautizado para su vida de fechorías en el Nuevo Mundo como *Hollybelly*. ¿Quién iba a recelar de un curilla de Guernica? Fue él quien hizo llegar a Nueva York la primera remesa de busturianos convencidos de que se dirigían a la Tierra Prometida. ¡Pobrecillos! Ninguno volvió. La falta de noticias o, más bien, las noticias con cuentagotas que *Tripasanta* hacía llegar a los pueblos convenientemente aliñadas llevaban a pensar a los confiados aldeanos que la vida llevaba a los emigrantes por un camino cada vez más próspero. *Hollybelly* no era más que un turiferario de O'Shaughnesy y otros que, como él, entre sus muchas actividades delictivas, se encontraba el tráfico de esclavos; mano de obra necesaria en el Oeste, que se estaba despoblando tras el espejismo de la Fiebre del oro. Trabajo durísimo en un clima imposible. Si esa pobre gente se hubiera quedado en su pueblo, seguramente nunca les habrían faltado unas alubias que echarse al colete. Y lo que es más importante, jamás habrían conocido a los *Hollybelly*, O'Shaughnesy o *Trigger Chuck* de este mundo, pero...

Chuck Brennan, ¡joder, qué pinta! Seguramente Tom Mix le pidió prestada, años después, la estampa de *cowboy* de opereta que tenía, pero, aun así, nadie reía. Todos rezaban.

Esta pinta tenía el gran Chuck: unas botas tejanas de color sangre y tacón cubano; un terno de color marfil dotado de grandes solapas; una camisa blanca de doble botonadura dorada en uve, parcialmente desabrochada, rematada en el cuello por un gran pañuelo rojo sangre con topos de color lima. Además, iba provisto de dos grandes pistolones Colt modelo *Peacemaker*, niquelados como los tubos de escape de una Harley Davidson, enfundados en unas cartucheras labradas que habrían hecho silbar de admiración a un charro, ya hubiera nacido este en Jalisco o en Salamanca. Las culatas de las pistolas miraban al frente, no hacia atrás, y las tenía situadas en la parte alta de la cadera, de modo que la única manera de desenfundar era cruzar los brazos para sacar el revólver de la parte contraria. Un lío en el que jamás se metería alguien que quisiera desenfundar rápido. Sujetaba esas cartucheras un doble cinturón, también de color rojo sangre, con unas cananas llenas de cartuchos de un dorado resplandeciente que para sí quisieran muchos retablos de los altares mayores de las dos Castillas. Remataba el conjunto un sombrero Stetson de ala ancha con una copa tan alta y tan grande que los *Ringling Brothers* bien podrían haber montado su célebre circo de tres pistas bajo ella.

Todo en el conjunto estético de Chuck Brennan movía a que cualquiera se partiera de risa... cualquiera que no lo hubiera conocido en las calles de Manhattan o Boston a las órdenes de Paddy O'Shaughnesy, porque todo en la cara de Chuck decía que era un psicópata de tomo y lomo. De pelo muy rubio, casi blanco; lo mismo que sus cejas y pestañas; un mentón prominente y fuerte; los ojos pequeños, juntos como los gemelos de una camisa, y muy azules; y su boca era solamente una larga raya. Pero lo peor era cuando la abría para gritar o reírse: sus dientes eran grandes, enormes, desproporcionados; recordaban a lápidas. Mirarlos era como darse un paseo por el cementerio de Arlington.

Lo único que no pegaba en aquellas trazas de *cowboy* de opereta que presentaba era un pequeño látigo que llevaba enlazado a la muñeca derecha con una cinta de cuero. Era un *nagaika*, un látigo que usaban los cosacos, entre otras cosas, para defenderse de los lobos. Se trata de un látigo corto, grueso y redondo, a menudo lastrado con metal. Nada espectacular, pero, créanme: quien lo prueba no lo olvida jamás. Dicen que fue el regalo de un

cosaco ruso al que defendió de unos malhechores nada más abandonar la isla de Ellis, aunque también hay quien dice que *Trigger Chuck*, sencillamente, asesinó al cosaco después de estafarlo y le robó el *nagaika*. Eso ahora importa poco; lo verdaderamente importante es que, poco antes de que cruzara la plazuela rumbo a la cruz de San Andrés, Chuck se volvió escandalizado hacia el dueño del rancho y le espetó:

—¿Qué coño hace este hombre enseñándonos el culo a todos?

Eso provocó la risa nerviosa de los esclavos y la risotada de sus carceleros.

—¡Dadle inmediatamente la vuelta! ¡Que me mire a los ojos! ¡Que no se diga que soy incapaz de mirar a un hombre cara a cara cuando lo castigo!

Dicho y hecho, desataron al prisionero y le dieron la vuelta. Ahora los ojos del pobre hombre miraban directamente a la cara de Chuck.

El sol iba escondiendo sus rayos tras las colinas peladas al norte del rancho y cualquier testigo diría que no quería ver el espectáculo que iba a producirse en aquel trozo de desierto perdido en medio del Oeste americano.

Uno de los inconvenientes que tiene el castigo con este tipo de látigo en concreto es el de que, al ser tan corto, uno tiene que acercarse mucho a la víctima. Se tiene que estar verdaderamente cerca: medio metro, y eso hace que se ponga uno perdido de sangre.



En aquella Torre de Babel incrustada dentro de la Babilonia que era la ciudad de Nueva York en aquellos tiempos (y en estos), el crimen organizado cobraba sus deudas. Si no te hacías respetar, estabas apañado y O'Shaughnessy, a pesar de operar principalmente desde Boston, tenía mucho interés en la que ya empezaba a ser la Ciudad de los Rascacielos. Por ejemplo, en la calle 5 vivía alguien llamado Justin.

Justin era un tipo enorme, casado y con dos hijos pequeños que no

pertenecía a ningún clan ni asociación. Ni siquiera andaba con los vascos, sus compatriotas. Aquí debo decir que el nombre de Justin ocultaba, en realidad, un Justino como una casa. Pues bien, Justin tuvo que pedir dinero prestado a un amigo de O'Shaughnessy a través de *Hollybelly* Azcuénaga (¿de quién sino?) para abrir un negocio de fontanería que, por cierto, empezaba a florecer gracias a su infatigable trabajo y a que su mujer, una judía pelirroja, tenía talento para los números. De eso hacía un año. Justin había pagado la mayor parte del capital, pero los intereses le parecían abusivos. En realidad, la palabra técnica sería «usurarios», pero él desconocía semejante palabro. A mitad del plazo del préstamo, el amigo de *Hollybelly*, que a estas alturas a nadie se le escapará que era Paddy O'Shaughnessy, subió el tipo de interés del treinta y ocho al cincuenta por ciento. ¡La caraba! Y Justin, por supuesto, no tragó. Y afirmó que no pagaría ni un centavo más si seguían con el abuso; es más, estaba dispuesto a liquidar la deuda en el acto si aceptaban sus condiciones, que consistían, simplemente, en mantener la palabra dada.

Paddy escuchó de labios de *Hollybelly* el problema que lo abrumaba, porque el cura había avalado precisamente a su paisano y no quería (ni podía) dejarse en mal lugar ni a sí mismo ni a Paddy. Las noticias en el mundo del hampa volaban y cualquier signo de debilidad de un matón podía ser fatal para su salud, máxime cuando el matón de marras, a pesar de ser un invitado especial en la ciudad, seguía siendo solo un invitado. Por eso el cura se encontraba en un trance delicado. Paddy le debía muchos favores, pero el cura sabía que había cosas que eran sagradas. El irlandés, después de echarle una bronca de padre y muy señor mío, le aseguró que no tenía nada que temer y que se lo dejase a él, pero que le asegurase que no iba a cometer otro error, que en el negocio al que se dedicaban no se permitían errores.

Paddy nunca viajaba solo en sus desplazamientos en pos de negocios pendientes o nuevos. Se hacía acompañar por lo más granado del hampa bostoniana; por supuesto, todos fervientes católicos, y aunque en este viaje faltaba *Trigger* Brennan, que se encontraba velando por los intereses de su amo en Nevada y tenía acreditada solvencia *matonil*, los tipejos que lo rodeaban no le andaban a la zaga; es más, querían hacer méritos a ojos de

Paddy para poder, quién sabe si deshaciéndose primero de Brennan, subir escalones entre lo más florido de la matonería andante.

Muy poco tiempo después de la charla entre el cura y Paddy, los cobradores de este desplegaron la siniestra eficacia que los había hecho famosos. Se enteraron de la hora en la que cenaba en casa el bueno de Justin junto a su mujer y sus hijos. A esa hora estaría una carreta, libre de toda sospecha, parada frente al edificio. Nada de anagramas ni nombres de establecimientos comerciales. Los secuaces de Paddy habían salido del cuartel general a mediodía, habían bebido unas cuantas cervezas con unos tragos de Jameson's y después, con ojo experto, habían localizado a un pobre pordiosero cerca de *Battery Park*. Lo invitaron a unos tragos y a comer; más tarde, lo llevaron a una buena barbería, donde le afeitaron la barba de diez días y le cortaron las guedejas de pelo aceitoso que tenía. De un petate que portaba uno al que apodaban «El ruso» (vaya usted a saber por qué, ya que era nacido y criado en Brooklyn), sacaron un traje lustroso y unos zapatos todavía más lustrosos, que calzaron al mendigo y que le hacían caminar de forma cómica al quedarle un poco pequeños, pero no le importaba porque, con esos hampones como amigos, él se creía el rey del mundo. Ya, ya...

Durante todo el tiempo que estuvieron con el menesteroso lo único que preocupaba a los chicos de Paddy es que el mendigo tuviese bien claro lo que debía decir cuando se encontrase con la persona a la que iban a visitar. Lo más importante era hacer grandes gestos y aspavientos en actitud negativa, y repetir con vehemencia: «¿Yo...? ¡Ni hablar!». Eso era todo. Cuando por fin interpretó su actuación con total convicción, le dieron un cachetito en la cara, lo invitaron a otro par de tragos y se encaminaron hacia la casa de Justin, donde los esperaba el carro. Ni que decir tiene que el indigente estaba feliz como unas castañuelas. Subieron las tortuosas escaleras, iluminadas por una bombilla desnuda que irradiaba una luz amarillenta y titilante, y llamaron muy suavemente a la puerta.

Tras unos segundos y otra llamada, esta vez bastante más firme, un cerrojo cedió, unos goznes giraron sobre sí mismos chirriando siniestramente, y la puerta se abrió con timidez. Al otro lado los recibió una mujer menuda y guapa, a pesar de que una pesada toquilla le cubría casi por

completo la parte superior del tronco, y tapaba su pelo negro y ensortijado de reflejos rojizos con un pañuelo que enmarcaba una cara muy pálida. Sus sorprendentes ojos verdes estaban llenos de temor e interrogaban a los matones que tenía ante ella, quienes, educadísimamente (dentro de sus limitaciones, por supuesto) preguntaron por Justin.

—Bueno, verán... Es que en estos momentos no se encuentra en casa y...

—¡Señora, no nos venga con cuentos, que no tenemos todo el día!

Aquella escalera parecía la caja de resonancia de una guitarra. De todas partes llegaban ecos de los demás pisos: niños llorando, madres chillando, matrimonios mal avenidos que se echaban literalmente los trastos a la cabeza, perros ladrando... Aquello estaba poniendo nerviosas a esas ratas. El vagabundo no se enteraba de nada, pero estaba feliz ante esa escena; las copas lo habían envalentonado y seguía la escena como una rata más. Aunque las voces de los hampones se hacían cada vez más potentes en la escalera, no se abrió ni una puerta. Todas estaban cerradas con el cerrojo del miedo. En eso, se escuchó un estruendo de vidrios rotos al fondo del pasillo; seguidamente, un portazo, pasos decididos y un exabrupto lanzado por un hombre en un idioma desconocido por los allí reunidos (más tarde, se supo que era vasco).

—¿Qué coño queréis, gentuza? Sois basura. Decidle a vuestro jefe que se vaya a la mierda. Pagaré lo justo, lo pactado. ¡Ni un centavo más! Él lo sabe, no sé para qué manda a sus monaguillos.

—De manera que tú tampoco quieres pagar, como aquí nuestro amigo... ¡Pues menuda tarde que llevamos! Que la gente no quiera pagar es malo para el negocio, muy malo. Nos basamos en el prestigio y esto nos deja con el culo al aire. —Y dirigiéndose de nuevo al indigente, añadió—: Bueno, amiguito, esta es tu última oportunidad. ¿Vas a pagar o no?

Y entonces llegó el momento estelar del vagabundo. Tal como habían ensayado, aunque esta vez un tanto sobreactuado, hizo grandes gestos negativos con la cabeza a la vez que exclamaba a voces:

—¿Yo? ¡Ni hablar!

—Vale. Tendremos que haceros entrar en razón por las mal...

Sin terminar la frase, uno de los que estaban a la espalda del indigente

sacó, no se sabe de dónde, una espada y, de un solo tajo, separó la cabeza del tronco del infeliz. Antes de que esta cayese al suelo, otro secuaz la cogió al vuelo con una cesta; estaba claro que no era la primera vez que lo hacían. Hubo mucha sangre, porque esas cosas manchan mucho. Es curioso que, en momentos de estrés extremo, nos fijamos en las cosas más peregrinas. Justin por ejemplo, se fijó en que los dedos del finado tableteaban en el suelo del descansillo como si estuvieran aprendiendo a tocar el piano. Metieron en una lona las dos partes de ese pobre hombre, que, hasta esos momentos, estaba pasándose la mar de bien, lo bajaron de cualquier manera por las escaleras y subieron el bulto al carro que llevaba esperando ya un buen rato frente al portal.

Ni que decir tiene que nadie vio ni oyó nada. Justin tardó unas horas en ponerse al día con Paddy.

CAPÍTULO 3

El gentío que se agolpaba en la estación de Irún camino de otra estación, la de Hendaya, para terminar su periplo en el puerto de Cherburgo debía de ser no inferior a los tres centenares de almas. Llegaban de muchos kilómetros a la redonda, de lo que hoy llamamos *Busturialdea*, pero también del Alto y del Bajo Deva, incluso de Álava. Había sido, para todos, una gran aventura llegar hasta allí. Hay que recordar que muchos no habían salido nunca de su pueblo y que la mayoría de esos pueblos no llegaban siquiera a aldeas. Aquello era un manicomio. Allí reunidas, en aquella pequeña estación, habría no menos de doscientas personas, acompañadas por los familiares y allegados que habían ido a despedirse; la mayoría, guipuzcoanos que vivían cerca de Irún; pasajeros que se dirigían a distintos puntos de la dulce Francia, ¡incluso a París!; y los ferroviarios, tanto españoles como franceses. Así que, en aquel pequeño apeadero que, años más tarde, se convertiría en la tabla de salvación para los muchos que huirían tanto de Franco como de Hitler, se hablaban tres idiomas, aunque el predominante era el vascuence.

Maletas, hatillos e impedimenta de todo tipo se apilaban en las oficinas de aduanas unos metros más al norte, en la frontera, y tanto gendarmes franceses como carabineros españoles escrutaban con suspicacia los rostros ansiosos o indiferentes de los futuros indianos. ¡Futuros indianos! Al menos eso creían los que huían del hambre buscando su Eldorado particular en el Nuevo Mundo. ¡Cuitados! Las manazas de las fuerzas del orden de ambos países palpaban, evaluaban, profanaban las camisas, todas blancas, que con

tanto mimo habían lavado y planchado las mujeres de la casa, los calcetines de lana que les habían tejido y el otro par de albarcas, ¡albarcas!, que descansaban en el fondo de la maleta de cartón y que tanta falta les harían en Nueva York.

Para nuestros protagonistas, Juan y José, el viaje hasta Irún fue un auténtico calvario. Debo señalar aquí que Juan era el pinche del tabernero de Guernica al que hemos conocido en el capítulo anterior. Pues bien, nada más conocer que en América los estaba esperando Jauja, corrió la noticia por todo el pueblo. Tanto él como José estaban hartos de trabajar como esclavos para no sacar casi ni para comer. A Juan, dados su carácter espartano y su soltería, todavía le llegaba para pagarse el cuartucho en casa de doña Ramona, la patrona, y ahorrar un poco (muy poco) de la semanada; pero lo de José era distinto. Estaba casado y tenía además dos hijos, Sabino y Juan. Trabajaba en la herrería de su tío. Ni que decir tiene que con la herrería no le daba para nada, así que su mujer, Irene, vendía por las calles pescado traído de la cercana Bermeo gracias a un hermano suyo *arrantzale*.

Sin embargo, y a pesar de que entre los dos a duras penas sacaban adelante a la familia, Irene estaba contenta con las cartas que la vida les había repartido y, ni en un millón de años, se habría imaginado que su José le iba a plantear la estupidez de abandonarlo todo para hacer las Américas. Y, por supuesto, puso el grito en cielo. ¡Que si siempre se hacía caso de las ocurrencias de su hermano Juan! ¡Que si todo había empezado con unos rumores de taberna! ¡Que si no había nada consistente detrás de esos rumores! La intención de un indiano de instalarse en el pueblo, ¡a saber!

En realidad, el famoso indiano no había llegado ni nadie le había visto el pelo, aunque el terreno y la casa estaban comprados, de eso no cabía ni la menor duda. La escritura se había formalizado un mes atrás en la notaría de don Silvestre.

En la estación de Hendaya el caos era total. Entre que no había quien se entendiera con los tres idiomas citados, que el noventa por ciento de las almas allí reunidas eran analfabetas (y, por lo tanto, incapaces de ubicarse en un vagón cuyas plazas venían numeradas) y que, en el lapso de un minuto, se habían desatado dos fenómenos imprevistos (a saber: una multitudinaria pelea y una gran tormenta con fuerte aparato eléctrico),

aquello parecía un cuadro de Arrúe.

La mayoría de los viajeros tuvieron que contentarse con hacer el viaje de pie. Iban, como se podrá adivinar, como sardinas en lata, pero en casi todos se veía la esperanza, aunque en el raro momento en que el vagón se quedaba en silencio, las pupilas se les volvían borrosas con el recuerdo de los que dejaban atrás y a todos se les *piantaba* un lagrimón, como en el tango.

Irene, la mujer de José, había jurado que, como este se enamorara de alguna suripanta francesa (que tenían fama de muy putas) o de cualquier otra nacionalidad, iría personalmente a rescatarlos, a él y al inútil de su hermano, y les sacaría las tripas como a unos besugos. ¡Por estas que son dos cruces!

Tan abarrotado iba el tren que, en el transcurso del viaje, sucedería una de las anécdotas que presentaría en sociedad a un paisano de nuestros protagonistas, que, por cierto, se convertiría en su enemigo íntimo. Sucedió que, al estar tan lleno el vagón, nadie se podía mover, por lo que cuando una *canariera*, con el guiso que la *amachu* o la novia de alguien había cocinado con el amor que cabe imaginar, empezó a rebosar por las juntas a base de sufrir los traqueteos lógicos del vagón. El incesante goteo iba a dar de manera implacable en el hombro de un paisano que, lógicamente, se hallaba inmovilizado (pero consciente de que tendría que tirar la camisa) y que, por consiguiente, iba jurando en todos los idiomas que se hablaban en Babel antes de que Yahvé castigase a sus habitantes por su soberbia.

¿Por qué se convirtió Severino Echezarreta, que así se llamaba el infortunado aceitado, en enemigo acérrimo de los hermanos guerniqueses? Muy sencillo: porque los dos se rieron de la escena a mandíbula batiente, esmaltando además la escena con chistes y sucedidos de cosecha propia; algo que, a Severino, acomplejado sin motivo que se tomaba a sí mismo muy en serio (como todos los acomplejados), le hizo mucho daño, más que a un hombre lobo depilado a la cera.



No pudo resistir el castigo el infortunado que experimentó los mordiscos de la *nagaika* de Chuck Brennan. Falleció tres días después, a causa de una septicemia provocada por la infección de las heridas del terrible látigo cosaco. Y eso que sus no menos infortunados compañeros hicieron todo lo que pudieron por salvarle la vida, pero nada. No sirvieron los ruegos para que trajesen de la cercana Winnemucca a un sacerdote que reconfortara a aquel cristiano en sus últimos momentos o echara un responso ante su tumba. Nada. Uno de los pobres braceros llegados en la primera remesa de engañados de Busturialdea dijo unas palabras en vascuence, chapela en mano, y cubrieron el ataúd con el polvo y las piedras que habían sacado para hacer la fosa. Al echar la última palada, de entre las piedras, salió huyendo un alacrán. Más tarde alguien se entretuvo en construir una pequeña empalizada y clavar en la tierra una cruz de madera, dentro de la cual escribieron, con cabezas de clavos puesta una tras otra, el nombre del finado: Tomás Torrealday.

Chuck seguía vistiendo de mamarracho en aquel Oeste que, para él, era como el de las novelas que le leía su madre y que, ya de mayor, hacía que le leyeran otras personas, ya que él seguía empeñado en no querer aprender a hacerlo. Decía que en su barrio siempre había estado mal visto. En fin...

Como encargado por Paddy de mantener en orden en el rancho, no tenía mucho trabajo, ya que, con sacar de paseo la *nagaika* de vez en cuando, el orden se mantenía solo, de manera que el aburrimiento era atroz.

Las mejores maneras de combatir el aburrimiento eran, por ese orden, las borracheras y las putas. Bueno, no siempre por ese orden. Una tediosa tarde se levantó de un salto de su butaca de piel de vaca y ordenó a uno de los capataces que lo acompañase al pueblo a por unas cuantas cajas de *whisky* y todas las putas que estuviesen de servicio en el *Brown Derby Saloon*. El encargo generó gran controversia entre los antropoides encargados de vigilar a los braceros, ya que al día siguiente había que

madrugar de lo lindo y, aunque aquellos pobres vascos no fuesen a participar en la cuchipanda, podía ponerlos nerviosos. Y, además, los que sí participarían serían los capataces y mandos intermedios, y no era cuestión de ponerse a repartir estopa (que esa era, fundamentalmente, su misión) hechos unos zorros por no haber dormido en toda la santa noche.

La mala bestia que era Brennan les espetó que, si no acataban al punto sus órdenes, se enterarían muy pronto en Manhattan y las represalias serían de las de no te menees, así que aquellos gorilas, aunque de mala gana, salieron del edificio principal, y comenzaron a pegar gritos a troche y moche mandando ensillar caballos y enjaezar carretas porque tenían que llegar al pueblo antes de ponerse el sol. La noche iba a ser larga.



Entre los muchos delitos que esmaltaban la carrera delictiva de Paddy O'Shaughnessy, estaba el amaño en el noble arte del boxeo. Paddy, dicho sea de paso, se encontraba entre deprimido y nervioso porque hacía ya un tiempcito que había abandonado su querida Boston y, a pesar de que en Manhattan estaba siempre entre amigos, no era lo mismo. En Boston era Dios y en Nueva York, solo un monaguillo. De ese talante cruzó en un landó el puente de Brooklyn. No se fiaba de los bisoños conductores de esos monstruos mecánicos que proliferaban por la ciudad; los rateos y explosiones que expelían lo ponían enfermo y hacían que se llevase constantemente la mano a la cartuchera.

Se dirigía, junto con tres de sus hombres, a un gimnasio, el *Smith and Brown*. En esos momentos entrenaban a los mejores boxeadores de la ciudad, incluso a tipos que habían competido por títulos de los grandes pesos. Eran buenos tiempos para el boxeo porque los púgiles ya habían tragado por calzarse los guantes y, al no ser un espectáculo tan sangriento, el público llenaba los salones para ver a los deportistas, pero, sobre todo, para apostar. ¡Hasta las mujeres empezaban a acompañar a sus maridos,

novios o amantes! También hay que decir que muchos iban simplemente a ver y ser vistos. ¡Y hay quien cree que la estupidez humana es una cosa contemporánea! Seguro que, en el circo romano, y aún antes, ya se daba el fenómeno.

Pero volvamos a Paddy y sus secuaces. Abrumado por los asuntos que lo habían llevado a Nueva York, trataba ahora de recortar algunos flecos. Entre sus muchas trapacerías, no era la menor (como hemos señalado) el amaño de combates de boxeo; un clásico en el mundo del hampa. En eso iba a medias con tipos de la ciudad. Como todavía el llamado «sindicato del crimen» no se había constituido como tal (pues para eso haría falta que un cerebro superior prohibiera el alcohol en todo el territorio de los Estados Unidos), cada uno hacía la guerra como podía. Por eso Paddy, que en Nueva York era un advenedizo, tenía que buscarse algún socio cercano a alguna de las «cinco familias». Aun así, tenía mucho poder y prefería no intentar ganar fuerza en un territorio que no era el suyo (pero en el que era respetado) porque él también sabía agradecer los favores devolviéndoselos cuando ellos tenían algún negocio en Boston, donde era Satanás coronado.

Así que, ni corto ni perezoso, se dirigió hacia el gimnasio de marras. Nadie, al hacer su aparición, pareció reconocerlo. Los deportistas estaban a lo suyo: unos haciendo «sombra», otros saltando a la comba... Había muchos sacos, todos ocupados. Otros le daban al *punching ball*. Aquel gimnasio tenía dos cuadriláteros. Uno estaba vacío; en el otro, dos chavales se estaban arreando de lo lindo, pero no les hacían caso. Olía a sudor y linimento; o sea, a lo que tienen que oler los gimnasios que se precien de serlo.

Paddy y los suyos cruzaron el local con paso decidido. Resultaba evidente que no era su primera visita, pero llamó con los nudillos antes de empujar la puerta en la que colgaba un rótulo: «*Manager*». Por el sonido que llegaba al umbral, alguien estaba entrenando dentro con un saco, pero, aunque parezca extraño, del saco salían gritos y lamentos muy amortiguados. Al cabo de unos segundos, una voz cavernosa gritó desde dentro: «¡pase!».

CAPÍTULO 4

Increíblemente, los busturianos llegaron a Cherburgo. El viaje fue muy largo. Todos tenían los nervios destrozados y algunos, los dientes. Hacia el final del viaje, en ese tren lleno de gente, las peleas fueron de lo más común. A quien no le robaron el dinero, le quitaron la comida que con tanto cariño le había preparado la madre, la hermana o la novia. Y hablando de novias, más de uno se enteró por algún alcahuete que a la suya se la había beneficiado fulano de tal, que, por cierto, se encontraba dos vagones más atrás. También había quien, habiendo salido de Guernica sin enemigos, llegó a Cherburgo con uno mortal. Eso es lo que les pasó a nuestros hermanos guerniqueses con Severiano Echezarreta.

Más tarde conoceremos a Echezarreta con más detalle, pero ahora volvamos los ojos con piedad hacia esa masa humana que había perdido ya casi todo en ese eterno viaje hasta Cherburgo. Los había de toda laya y condición: altos, bajos, fuertes, débiles, gordos, delgados, casi ninguno cobarde, casi ninguno valiente. Nadie con algo que perder. No tenían convicciones políticas; si acaso, algún carlista despistado, pero todos tenían algo en común: la seguridad de que, en algunos años (pocos), estarían de vuelta ricos perdidos y sacarían a su familia de la pobreza. Sus buenos duros, tan difícilmente ganados y ahorrados, no podían caer en tierra baldía. Tenían que dar sus frutos, como decía el padre Anastasio, que había sido el inocente transmisor de los deseos espurios de Paddy, quien, a través de *Hollybelly*, echaba las redes a una mano de obra ignorante que se convertiría en esclava.

«Llegaréis a un lugar llamado Boston», clamaba en el púlpito don Anastasio, «un lugar del que nadie ha oído hablar, pero seguro que es un sitio donde atan los perros con longaniza».

¡Pobrecillos!, nunca llegarían a Boston. Pero ellos no podían sospechar nada porque las cosas las llevaban un guerniqués forrado que había comprado un magnífico palacete, y un cura católico y vasco. Poco sospechaban que ambos eran la misma persona: *Hollybelly* o *Tripasanta*. Salustiano Aguirrezabal y el guerniqués largo tiempo desaparecido eran solo uno, el hampón disfrazado de cura a las órdenes de Patrick O'Shaughnessy. Pero el ganado que se dirigía a América no lo sabía, naturalmente; creían que estaban en buenas manos, que no había nada que temer. Ninguno de aquellos infelices llevaba con él en esa arriesgada odisea a su Penélope. Muchos, a esas alturas, estaban arrepentidos ya de su decisión, la de dejar atrás todo su mundo conocido. Un par de ellos, de la localidad de Yurre, se arrepintió en el último momento y no montaron en el tren a Cherburgo. Todavía tenían en el bolsillo algunos duros y en su hatillo, pan duro y chorizo. Dieron media vuelta con las orejas gachas y al caserío. Seguro que los recibieron emocionados. Muchos les envidiaron. Si, por un milagro, hubiesen podido mirar por un agujero y ver lo que el destino les deparaba, sin duda habrían desertado en masa.

Pero volvamos al puerto de Cherburgo. A mediados de los años sesenta del pasado siglo, un cineasta francés, Jaques Demy, filmó un estupendo musical titulado *Los paraguas de Cherburgo*. El título no podía ser más apropiado porque en Cherburgo diluvia. Diluvia hoy y diluviaba hace un siglo, porque aquella mañana el agua caía fría, racheada, pertinaz, inclemente y cruel sobre aquella manada ovina. Todos estaban empapados hasta los huesos después de esperar horas en el muelle. Se habían apeado del tren a las seis menos veinte de la madrugada, y los habían conducido como ganado por un combinado de la gendarmería local y el ejército, que tenía un campamento en una localidad cercana, hasta el puerto de Cherburgo rumbo al barco que los trasladaría al puerto de Nueva York, que tenía por nombre «Chicago».

Formados frente al barco con los hatillos empapándose a sus pies, empezaban a sentirse ultrajados al verificar que otra gran masa humana se

acercaba a sus espaldas y se detenía también para esperar. Pero ¿para esperar a quién? A los pasajeros, pero ¿ellos no eran acaso los pasajeros? Pues no. Ellos formaban parte de la carga. Los pasajeros de primera y de segunda embarcarían media hora después y, por lo tanto, casi todos estarían en sus hoteles o casitas calentitos y ellos espera que te esperarás. Pero ¿quién había organizado aquel viaje tan sumamente mal? ¡Qué más daba! El ganado ya había pagado su traslado al matadero. El dinero se había ido diluyendo entre infinitos intermediarios y solo quedaba entregar a los esclavos a la sombra de la Estatua de la Libertad.



Cualquier excusa era buena para ir de excursión al pueblo. Este se encontraba a once millas del rancho y hacia allí se encaminó esa bestia parda disfrazada de *cowboy* de opereta que era Chuck Brennan, que, aunque recién llegado (como quien dice) del civilizado Este, no era la primera vez que pisaba ese *saloon*. Chuck era un asiduo de este tipo de locales. De hecho, en los burdeles de Boston y Nueva York era conocido por su crueldad casi infantil, aunque Chuck *Trigger* Brennan no tenía nada de infantil. Seguro que Sigmund Freud habría sabido explicarnos qué tipo de patología padecía con ese grado de maldad fría y consciente. Quizá simplemente fuera eso: solo maldad.

Pero, en fin: dejando atrás una auténtica montaña de polvo, Brennan y sus muchachos entraron en Winnemucca haciendo mucho ruido. Un perro famélico cruzó la calle a paso raudo. Esa calle la han visto ustedes, sufridos lectores, en muchas películas del Oeste. Todas son iguales: una calle central de anchura regular, polvorienta o embarrada, dependiendo de la estación del año en la que nos encontremos. A ambos lados de la misma y como a un metro del suelo, unas aceras construidas con tablones proclamaban a los cuatro vientos que se acercaba la civilización, pues solo diez años atrás no existía ni siquiera la calle, sino jaimas y tiendas de campaña hechas de lona.

Tan inmersos estaban los lugareños en la imparable civilización que, frente al *general store*, se encontraba aparcado un automóvil, propiedad del dueño del *saloon*, del *general store*... y de medio pueblo.

Los muchachos de Chuck, siempre ruidosos, se volvían ensordecedores cuando acababan con la segunda copa y, como pasa siempre cuando hay alcohol y putas, alguna de ellas salía malparada. Por supuesto, el primero en desaparecer de la escena cuando las cosas se ponían tensas de verdad era el pianista y, naturalmente, en ese momento debía hacer su aparición el dueño del burdel. Este hizo que la situación se relajase... de momento. Pidió hablar con el jefe de la partida, que no era otro que Chuck. Cuando este, gran fanfarrón, dio por finalizada la conversación y pareció que iban a crecer las hostilidades, el gerente, con un ligero gesto, advirtió a los matones de que en el piso superior tres indios (que trabajaban para él como «chicos para todo», pero especialmente como curanderos de enfermedades venéreas, cuyos ungüentos y calomelanos eran mano de santo) los estaban apuntando con sus arcos tensados y algún que otro rifle. Eso templó los ánimos bastante.

El gerente invitó a Chuck a sentarse con él en su despacho. El pianista hizo sonar una alegre melodía y todo siguió como si nada. Ya en el despacho, se encontraron ambos tipos, midiéndose en silencio, sentados uno frente al otro ante sus respectivos vasos de *bourbon*.

—Oiga, mire —comenzó a decir Chuck sin dejar de taconear nerviosamente el suelo con su bota y mirando a su alrededor—. Yo he venido aquí a divertirme, como todo el mundo. Mis amigos llevan un rato haciéndolo.

—Ya, pero resulta evidente que ha olvidado la promesa que me hizo la semana pasada —le espetó Jude mientras volvía a encender su puro, que se le había apagado.

—Es posible; estaba muy borracho.

—No le quepa la menor duda. Tan borracho que, con el látigo de la mierda que usted se gasta, le cruzó la cara a nuestra mejor puta. Y eso no se lo puedo consentir. Compréndame. Y no es por la chica, que me importa un bledo porque, aunque le quede una cicatriz para toda la vida, seguirá trabajando sin problema. Lo que me saca de quicio es que se salte usted mi

prohibición de volver por aquí. Eso no solo me enfada, sino que no lo puedo permitir, la verdad.

—Bueno —dijo Brennan arrellanándose en su silla—, fingiré no haber oído eso. La causa por la que he llegado a este cochambroso lugar es porque, como hombre de negocios, resulta que me interesa la zona para ampliar mis intereses. Mis socios me han rogado que busque alguna figura que conozca bien la región y sus gentes, y había pensado en usted precisamente para...

—Oiga —le cortó en seco Jude—. A mí me va bien aquí, mientras mantenga alejados de mi negocio a tipejos como usted. No he nacido por generación espontánea en este desierto. No es la primera vez que me proponen participar en negocios turbios. En realidad, si estoy en este lugar, es precisamente por haber aceptado ese tipo de propuestas en el pasado, y le aseguro que aquellas personas eran más honradas que usted y sus amigos.

—¡Ah!, ¿pero usted ha conocido a alguien honrado en su vida? —dijo entre risotadas Chuck.

—Cualquiera de las putas que están ahí fuera es santa María Goretti si las comparo con usted. —La mano de Brennan se movió subrepticamente hacia la cartuchera, pero, de la nada, en la mano de Jude apareció una pequeña Derringer, cuyo cañón descansó en el ojo izquierdo de Brennan, quien se quedó petrificado—. Ahora te vas a levantar sin hacer ruido, vas a salir por la puerta, llamar a esos piojosos y os vais a largar con viento fresco si no queréis que vuestras cabelleras adornen el espejo del *saloon*. Y di a tus amos que se busquen a otro imbécil. ¡Fuera!

Suave como un guante de seda, *Trigger* Brennan hizo, punto por punto, lo que le ordenó Jude.



El hecho de que Paddy llamase a la puerta y esperase autorización para entrar nos dice mucho del elemento que se encontraba tras ella. Alguien a

quien Paddy debía muchos favores. Y era de ese tipo de gente que se los cobraban.

Después de esperar unos segundos, traspasó el umbral y se encontró una escena surrealista. La estancia tenía forma de «L». Al frente, un trajeado hombre de negocios despachaba los asuntos del día con lo que parecían más hombres de negocios. La habitación estaba llena de humo y sus vasos, de distintos licores. Tenían, además, dulces y picoteo variado. Detrás de la esquina, un tipo con más pinta de hampón que de deportista se estaba entrenando con un saco de boxeo que poseía una silueta sospechosamente antropomórfica, del cual goteaban, lenta pero pertinazmente, gotas de sangre que ya estaban formando un charquito. En las manos de ese tipo, cualquiera de nosotros podría sentarse a leer el periódico, desde los titulares hasta el horóscopo, y aún quedaría espacio para instalar una mesita supletoria para la taza de café. Sin embargo, esas enormes manos permanecían intactas a pesar del castigo al que las estaba sometiendo. Solo en la derecha, un sello de oro del tamaño de la corona del archipámpano de las Indias estaba algo manchado de sangre.

Invitaron a Paddy a sentarse y echar un trago; no así sus hombres, que debieron permanecer de pie después de ser cacheados minuciosamente por los matones de un incipiente Johnny Torrio (pues no era otro quien se encontraba en la estancia), los cuales hicieron acopio de pistolas automáticas, revólveres, porras y puños americanos, aunque prometieron devolvérselos a la salida.

—Bueno, bueno, bueno... —dijo Johnny Torrio, repanchingado en una silla frente a su bebida—. Vale, Paddy. Hasta aquí hemos llegado. —Paddy se sentó en la esquina del asiento un tanto mosqueado por la presencia de los acompañantes de Torrio, a los cuales no conocía, aunque los precedía su fama de hampones peligrosos—. Y digo que hemos llegado hasta aquí porque, si bien nuestras antiguas alianzas, tanto en Boston como aquí mismo, han tenido éxito, de un tiempcito a esta parte las cosas se han torcido... y mucho. Mis socios están muy nerviosos contigo.

Sus socios eran el ya veterano Giuseppe Morello, un hampón cuya crueldad era legendaria y cuyo brazo era un grotesco muñón terminado en un único dedo que señalaba sin piedad a los objetivos que debían ser

eliminados; y Joe Masseria, que años más tarde se convertiría en el capo de la familia Genovese. Ambos miraban fijamente a Paddy, evaluando su valor.

—Mira, Paddy —siguió Torrio metiendo sus pulgares en los bolsillos de su chaleco—. Sabes que para mí has sido como el hijo que nunca tuve. Como el hijo prodigio ese del que habla la Biblia...

—Perdona —le cortó temeroso Paddy—, pero era el hijo pródigo.

—Eso. Pues bien: tu crédito se ha terminado con nosotros. Este negocio exige seriedad y acierto. Hasta ahora, te he cubierto ante estos señores porque tus golpes de genialidad salían bien, pero en los combates de boxeo has fracasado varias veces, y eso nos ha hecho perder mucho dinero.

—Sí, pero... —comenzó a argumentar Paddy, ahora más que alarmado.

—¡No hay peros que valgan! —espetó Torrio con un puñetazo en la mesa—. Además, hemos llegado a la conclusión de que tu idea sobre el asunto de Nevada... No sé... no la acabamos de ver. Es arriesgada y muy cara.

—¡Pero si, con lo que sacamos a esos infelices con su viaje, no solamente cubrimos gastos, sino que empezamos ganando dinero!

Como movidos por un resorte, tanto Morello como Masseria se pusieron en pie, miraron a Paddy, se acomodaron sus trajes y, seguidos por sus hampones, se encaminaron hacia la puerta, no sin que antes Giuseppe Morello lanzara un gargajo de kilo y medio al zapato de uno de los hombres de Patrick O'Shaughnessy. Este lo miró con cara de odio, Morello le mantuvo la mirada. Pocos hombres podrían decir, años más tarde, que le mantuvieron la mirada a Al Capone, pero el chico estaba empezando. Los italianos salieron.

—Paddy —comenzó a decir Torrio en tono paternalista—. Soluciona tus problemas con nosotros. De lo contrario, no voy a poder hacer nada por ti. Encuentra a alguien que pueda montar un buen tongo. Te aseguro que, entre tú y yo, no voy a ser yo quien acabe haciendo de saco de ese tipo. —Acto seguido, abrió la puerta y se fue entre las volutas del humo de su puro.

El irlandés salió arrastrando los pies seguido de sus guardaespaldas. El «boxeador» seguía a lo suyo sin cansarse.

CAPÍTULO 5

Por fin, la patética manada de seres humanos embarcó... Perdón, fue conducida como lo que eran para aquellos guardias: ganado. Cuando los hermanos por fin se acomodaron, comprobaron que sus vecinos de viaje iban a ser una joven francesa, dulce como un ángel, y un hombre que, por edad, podría ser su hermano. Más tarde se enteraron de que, en efecto, era su hermano y embarcaba un tanto enfermo. Llevaba un par de días así.

Al pendenciero Severiano, a quien ya hemos conocido en el tren, le faltó tiempo, en cuanto vio a la chica, para decirle improperios que ella no entendía, pero fácilmente adivinables porque lo zafio habla siempre un idioma universal.

Tras unos días caóticos en los que los pobres pasajeros los pasaron de todos los colores literalmente, porque sus caras pasaron del amarillo al verde ya que casi ninguno había puesto sus plantas en navío alguno y, como es bien sabido, el mareo en la mar no se alivia hasta que te acostumbras a ese infierno. Lo malo no era permanecer en la bodega, donde habían sido destinados; lo peor era salir a cubierta, porque, al estar en las inferiores, tanto por babor como por estribor llovían racheadas las vomitonas. No describiré más.

Los hermanos se encontraban baldeando el suelo junto a otros con los que habían formado cuadrilla. No es que la tripulación los obligase, a ellos les daba igual, pero era una cuestión de higiene elemental porque los días iban pasando y aquello se estaba convirtiendo en un lodazal. Para ello habían pedido baldes, fregonas y cepillos. La historia tenía su trabajo

porque eran unos cuantos metros cuadrados. José estaba terminando de repasar una esquina especialmente intrincada cuando oyó el inconfundible sonido de un balde de zinc rodando a sus espaldas. Menos de un segundo después, la fría agua que contenía mojaba sus talones. Se giró y lo que vio no le gustó nada. Salustiano, con quien ya se las había visto en el tren, se encontraba sentado encima del cubo, al que había dado la vuelta derramando, por añadidura, toda el agua sucia que contenía, y miraba a José con la mirada desafiante de un rey zulú.

José avanzó lentamente hacia Severiano, que seguía sentado impassible; solo le faltaba darse puñetazos en el pecho como un gorila.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó José intentando, por todos los medios, calmar su furia.

—Estaba cansado y no encontraba dónde sentarme. ¿Pasa algo?

—No, solo que... —Antes de terminar la frase, José corrió hacia Severiano, al que no le dio tiempo a levantarse, le agarró la nariz con los dedos y se la retorció a derecha e izquierda, provocando que este viera las estrellas.

Dos gruesos lagrimones rodaron por sus mejillas. El gentío, incluido Juan, prorrumpió en aplausos cuando Severiano, abochornado, corrió a refugiarse en un rincón.

Alguien tomó buena nota del suceso.



Chuck Brennan llegó al rancho al anochecer echando espumarajos por la boca de pura rabia y humillación, empujando a todo el mundo y con ganas de sacar a dar una vuelta a su famoso látigo. Abrió una botella de *bourbon* con los dientes y ordenó de muy malos modos que le sirvieran algo de comer. El dueño del rancho se sentó con él en el comedor y mantuvo una conversación, en la cual nos enteramos de las verdaderas intenciones de esa bestia del Este en aquel lugar perdido de la mano de Dios, que no eran otras

que supervisar la nueva oleada de tráfico de personas procedentes de las Vascongadas y de otras partes del mundo, que en esta ocasión iba a ser bastante mayor y, por lo tanto, susceptible de que surgiese un imprevisto y algaradas; es decir, iba a ser el brazo represor de Torrio, Morello y de Joe Massería.

El espejismo del Nuevo Mundo en aquellos años era tal que alguno de los que pasó por la Isla de Ellis creía de verdad que las calles de Nueva York estaban pavimentadas en oro. Más tarde verificó que, primero, no estaban pavimentadas en oro; segundo, que las calles ni siquiera estaban pavimentadas; y tercero, que lo necesitaban a él para pavimentarlas; así que esa pobre y crédula gente no era difícil que cayese en las garras de gentuza como la que hemos descrito.

Pero, por supuesto, Paddy era un tipo con visión de futuro y quería extender sus tentáculos a la todavía relativamente libre de mafias Costa Oeste. Para ello necesitaba ganchos en los propios lugares de origen; de ahí figuras necesarias como la de *Tripasanta*.

Una vez que pasaron al despacho de Scott, el patrón del rancho, este y Chuck se arrellanaron en sendas butacas mullidas, confeccionadas con la mejor piel de vaca, al amor de la lumbre que ardía en un enorme hogar cuyos leños llameantes estaban dispuestos con esplendor geométrico. Ambos saboreaban un excelente coñac y estaban llegando a la almendra del asunto.

—¿Qué, más calmado? —preguntó Scott.

—¿Cómo quiere que esté calmado con todas estas desgracias que me están pasando?

—Bueno, yo diría que no es para tanto...

—¿Que no es para tanto? —volvía a sulfurarse Chuck.

—Le aseguro que ninguno de los rancheros de por aquí seguiría en este lugar si se dejase llevar por el desánimo y las contrariedades.

—Pero es que ni yo, ni las personas a las que represento, somos jodidos rancheros ni hortelanos ni nada de eso. Somos hombres de negocios y queremos resultados a corto plazo, o de lo contrario...

—¿De lo contrario, ¿qué?! —estalló Scott, tomando por primera vez la iniciativa frente al representante de los gánsteres del Este—. Entérese: ni

yo, ni los propietarios que conozco, vamos a dejar que algo que hemos creado de la nada caiga en manos de gentuza como ustedes, ¡simplemente por unos intereses que no podemos pagar para adquirir una mano de obra que necesitamos como el comer!

—¡Adquirir mano de obra! ¡Qué gracia! Querrá usted decir «comprar». Comprar en un negocio del que ustedes se benefician como los que más. Pronto les van a hacer una visita unos tipos muy duros.

—¡Y eso me lo dice un figurín! Tipos duros son los pobres desgraciados a los que usted arranca la piel a tiras. Los que trabajan de sol a sol sin comer, sin beber y sin quejarse. Los que han construido el Oeste Americano, no esa basura a la que usted pertenece. Se lo aseguro: los primeros tipos duros que ha visto usted en su vida son los rancheros que estaban en la estación cuando bajó del maldito tren que lo trajo hasta aquí. Y se lo advierto: nadie de esta comarca se dejará amedrentar por ustedes. Les pagarán y los acompañarán, de grado o por la fuerza, de nuevo al tren de vuelta a la ciudad.

—¿Y lo dice usted tan tranquilo?

—Si quiere, aprendo a tartamudear. —Dicho lo cual, dio un trago a su copa de coñac, se levantó de la butaca y con el atizador hizo que los troncos perfectamente apiñados perdiesen su geometría.

En ese momento, Chuck *Trigger* Brennan desenfundó uno de sus Colt y rompió a golpes la culata de nácar en la cabeza de Scott. Luego desenfundó la otra pistola e hizo exactamente lo mismo. Se detuvo a coger aire y después arrastró el cadáver hasta la chimenea. Minutos más tarde, un espeso humo negro salía de la chimenea. En ese momento se abrió la puerta del despacho.



Preso de un ataque de nervios, Paddy entró en la habitación del hotel. Pasó revista, junto a sus secuaces, a los púgiles que se podrían avenir al

tongo que pretendían los neoyorquinos, pero no encontraron a nadie porque los habituales estaban muy vistos. En esas estaban cuando un botones llamó a la puerta portando un telegrama en una bandeja de plata. Uno de los matones agarró el telegrama y se lo tendió a Paddy, quien cogió un dólar de su bolsillo y se lo dio de propina al botones. Este hizo mutis con una gran reverencia.

Malas noticias. El telegrama, enviado por uno de los capataces, explicaba lo sucedido hacía poco tiempo en el rancho. Paddy se dio de bofetadas al comprender que una misión tan delicada como sus primeros pasos en el hampa organizada en la Costa Oeste no podía dejarla en manos de un psicópata asesino como Chuck Brennan, sino de alguien más sutil. Pero no tenía a nadie. Había que actuar con mucho tacto con sus socios de Nueva York; su soñado Imperio del Mal, del que él tenía pensado ser emperador, caería como un castillo de naipes sin haber siquiera nacido. Necesitaba como el respirar a alguien que pudiera batirse en el *ring* y supiera tirarse al suelo como un profesional del tongo. De otro modo, el que podría dejar de respirar sería él. En ese momento volvieron a llamar a la puerta, volvió a abrirse esta y volvió a hacer acto de presencia el entorchado botones con la bandeja de plata y el telegrama dentro de ella. Propina, reverencia y adiós. ¡Buenas noticias!

CAPÍTULO 6

El malvado Severiano andaba haciendo amigos en el barco. A uno le robaba comida, a otro tabaco...

La francesita se hizo amiga de nuestros protagonistas, Juan y José. Como hemos dicho, viajaba con un hermano mayor, que aparentaba más años aún porque estaba enfermo. Ella, a su manera, por signos o gracias a algún intérprete vascofrancés que tenía la bondad de traducir sus palabras, explicó que, pocos días antes de emprender el viaje, su hermano enfermó y parecía que cada vez estaba peor. En fin, los cuatro se llevaban bien y repartían lo poco que quedaba en su cada vez más menguado hatillo; fundamentalmente, repostería como magdalenas y galletas, y también queso, por resistir muy bien la travesía, que no había hecho más que empezar.

Una mañana, ni corto ni perezoso, Severiano soltó un puñetazo a José en la cara que casi lo mandó a soñar. Cuando, de forma cobarde, se abalanzó sobre él con un hierro en la mano para enviarlo con sus antepasados, una mano detuvo el viaje homicida de su brazo. La mano pertenecía a Juan, el hermano de José. Ambos se quedaron parados, mirándose de hito en hito. Entonces, al creer ingenuamente que las hostilidades habían concluido, el antiguo cantinero soltó el brazo de Severiano, dio media vuelta y se fue. ¡Un error que pudo costar la vida de su hermano! Rápido como una cobra, Severiano atizó con la barra en la mandíbula al herrero, que aún estaba aturdido. El golpe fue fuerte, aunque José tuvo reflejos para desplazarse hacia su derecha y no llegó a noquearlo.

A esas alturas, toda la bodega del barco se había reunido alrededor de los combatientes. Aprovechando la confusión que el golpe había producido en la mente de José, Severiano cogió impulso para rematarlo. José lanzó un grito sobrehumano que heló la sangre de todos y, con los dos puños apretados, corrió hacia Severiano, quien se puso en guardia esperando su embestida. Antes de llegar a su altura, el herrero se paró en seco haciendo que Severiano lanzara su golpe al aire y se desestabilizara para acabar su cara aterrizando en el puño de José, quien había lanzado un estiloso gancho de derecha que acertó en su jeta con la fuerza de un martillo pilón. Casi al mismo tiempo, un *crochet* con la izquierda lo saludó.

Pero Severiano era un tipo rocoso de esos que, por instintito, saben pelearse desde niños, así que se tragó los dos puñetazos y lanzó a la rótula de José el hierro que empuñaba provocando, por una parte, que viera las estrellas y, por la otra, que se creciera en el castigo como un toro bravo. Ya se lanzaba Severiano, con los brazos y la cabeza por delante, para abrazar por la cintura a José y hacerlo rodar en un cuerpo a cuerpo en el suelo, donde quizá tuviese alguna posibilidad, cuando se encontró de nuevo con el puño del herrero en pleno mentón en lo que se denomina, en términos boxísticos, «a la contra».

Severiano sintió una corriente eléctrica que le recorrió desde la nuca hasta los talones y lo paralizó. Al principio se tambaleó, aunque, instantes después, se puso a caminar como un niño que está aprendiendo a andar. Apenas recorrió unos metros, se cayó de bruces cuan largo era. Hubo unos instantes de silencio, hasta que todo el mundo rompió a aplaudir y vitorear tanto que José fue paseado a hombros, como si fuera Lagartijo, por la asquerosa bodega. Alguien volvió a tomar nota de las hazañas de los hermanos guerniqueses.



Cuando entró en el despacho, la mujer del ranchero se decepcionó. Aquí

debemos decir que Jo era de ese tipo de mujeres que haría que un cardenal envenenase a un papa para vender *La Pietà* y largarse con el dinero a Pernambuco. Alta, ojos verdes, y pelo rubio y ondulado. Las curvas pueden ustedes distribuirlas como gusten: con tantas, se van a estrellar de todos modos... Y peligrosa, muy peligrosa.

—Vaya, ¡con este olor creí que estaría haciendo una barbacoa!

—¡Qué va! Estaba discutiendo un par de detalles con su marido cuando se tropezó y cayó.

—¿De cara a una chimenea?

—Será la querencia. Estaba un poco quemado.

—Ya.

—Me dijo que estaba quemado con usted porque creía que no la quería.

—Vaya olfato... Pues sí que ha acabado quemado.

—¿Cree usted que tenía razón? —Ella, sin decir nada, avanzó unos pasos hacia él con intención de besarlo—. No se le ocurra dar un paso más.

—Brennan desenfundó un pistolón y amartilló el arma, que estaba en perfecto estado de revista y a punto para disparar. Y refiriéndose al revolver, dijo—: ¿Le importa?

—¡Qué va! Estoy acostumbrada desde niña a que me apunten con todo tipo de cosas. Incluso con pistolas.

—¿Desde niña? Pronto empezó usted.

—Le voy a contar un cuento —empezó ella, echándose hacia atrás el pelo. Sus ojos verdes brillaron como esmeraldas.

—Que sea corto, por favor. Con las últimas emociones, tengo los nervios de punta —dijo Brennan antes de encender una cerilla en la suela del zapato para dar fuego a un purito propiedad del rancho, que estaba de cuerpo presente.

—Claro. No conocí a mis padres. A mí me encontraron en un basurero y desde niña...

—¡Basta! No soporto los dramones. —Dicho lo cual la agarró del brazo, la atrajo hacia sí y la besó.

Una manada de coyotes aulló a la luna, que ya empezaba a asomarse en el cielo del desierto.



El segundo telegrama que Paddy había recibido en la habitación de su hotel decía lo siguiente: «Sorpresa en travesía. *Stop*. Gigante vasco impresionante pegada. *Stop*. Imprescindible ver. *Stop*».

Como Paddy y sus secuaces sabían perfectamente qué día y a qué hora llegaba el barco desde Cherburgo, pues ahí estaba una de las principales fuentes de ingresos de su sucio negocio, tenían que pasarse por la Isla de Ellis por narices, así que no les costaba nada echarle una ojeada a esa res... Perdón, a esa mercancía, para ver si era la Gran Esperanza Blanca. Al menos, la gran esperanza de Paddy O'Saughnessy, que llegaba desde ultramar.

Los funcionarios de aduanas tenían instrucciones precisas de que a la partida no se le podían poner demasiadas pegas, pero, por si acaso, debían supervisar la mercancía. Allí debería estar también su principal fuente de reclutamiento y, claro, de apaciguamiento. *Hollybelly* les haría inocentes preguntas sobre su querida tierra, y unos días después los introduciría mansamente en un vagón de ganado con destino a los distintos ranchos que esperaban, como agua de mayo, a sus esclavos. Vamos, que los enviaba derechos al infierno.

Los levantamientos indios no estaban del todo apaciguados y aquella era, además, una tierra peligrosa por lo inclemente del tiempo y la naturaleza. Pero la cuarentena no se la saltaba nadie. En fin, si había que rascarse un poco más el bolsillo porque el gigante vasco valía la pena... aunque tenía que merecer de verdad la pena. El barco atracaría en dos días. Mientras tanto, no quedaba otra que tener paciencia y barajar. Literalmente, porque ya llegaba tarde a una timba.

CAPÍTULO 7

C aía una nieve tan mansa como persistente bajo un cielo plomizo que hacía de la Estatua de la Libertad un fantasma amenazador, a quien los pasajeros del barco miraban entre atemorizados y embobados. Jamás ninguno de ellos había visto algo semejante. Ella les devolvía la mirada con impasible displicencia. Casi nadie sabía leer, pero, si alguno hubiera sabido hacerlo en inglés, se habría tranquilizado con la inscripción que reza: «Bienvenidos los pobres, las hacinadas multitudes anhelantes de respirar en libertad». Esa estatua empezaba a perder su primigenio color bronceo para pasar al verde azulado de hoy en día debido al óxido. Todos la miraban pasmados, boquiabiertos. Algunos lograrían prosperar en América. Para la mayoría, sería un sueño que moriría en Nueva York.

A una escasa milla náutica de la isla de Bedloe, donde se encuentra la estatua, se sitúa la isla de Ellis, conocida por muchos como la Isla de la Congoja. Ese islote, de no más de doscientos cincuenta metros cuadrados de superficie, está ubicado en la entrada del puerto de Nueva York, en la zona superior de la bahía próxima a Nueva Jersey. En el año 1890, este dejó de tener un uso fundamentalmente militar y se convirtió en la aduana de la ciudad hasta 1954. Hubo años en los que, por allí, pasaron alrededor de un millón de personas. Desfilaron por sus registros no menos de veinte millones. Cuando llegaba la gente, se separaba a los que tenían historial delictivo, político o una enfermedad contagiosa; aunque, con la información que se disponía en aquellos tiempos, todo era relativo. Muchos no pudieron superar la frustración que suponía ser rechazados en Ellis y tener que volver

a sus lugares de origen, y, según cuentan, cientos acabaron suicidándose.

A medida que el barco se acercaba a la isla, la luz fantasmal del invierno neoyorquino, acrecentada por ese tono difuso que imprimen los copos de nieve, daba al edificio de la aduana (una mole de estilo georgiano cuya fachada de ladrillo rojo caravista tenía algo inquietante) una apariencia de hospital, de manicomio... La experiencia era, por tanto, sobrecogedora, pero aquellos pobres diablos no tenían nada que temer, pues allí estaba el gran *Tripasanta* para darles la bienvenida y anunciarles que, pese a que de la cuarentena no se podía escapar nadie, tan pronto acabase esta, estaría todo preparado para enviarlos a su destino final: *Paradise Valley*, un soleado valle en la encantadora Nevada. Hubo protestas de todo tipo, desde los que aseguraban que aquello era una estafa hasta los que llegaron a agarrarlo por la pechera, algo que fue neutralizado sin ningún miramiento por los amigos de *Hollybelly* y los funcionarios de inmigración, que eran amigos del curilla, pero, sobre todo, de Paddy y de sus peligrosos socios de Manhattan, Johnny Torrio, Giuseppe Morello y Joe Masseria.

Después de que los alegres chicos de la Mafia repartiesen palos a diestro y siniestro, volvió la sonrisa beatífica al rostro rubicundo del cura, que les aseguró que el viaje se haría en un pispas, y en transporte moderno y cómodo como el ferrocarril americano, no en esas viejas cafeteras que habían conocido en Francia. Se trataba del «caballo de hierro», que había conquistado el *Far West* no hacía tanto tiempo. Además, el trabajo sería cómodo: hacer de granjeros, algo que los duros pescadores de Busturialdea o los explotados trabajadores del metal de Guernica se tomarían como unas vacaciones al aire libre. En fin, aseguró *Tripasanta*:

—Si hasta el nombre es toda una promesa: ¡*Paradise Valley*! ¿Queréis saber lo que significa en inglés? Pues significa «valle paradisíaco», no os digo más.

Alguien señaló que Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso de mala manera, a lo que el cura respondió diciendo que en Nevada no había serpientes, lo que provocó el choteo y la risa floja de sus compadres.

De todas formas, no había otra alternativa que la de conformarse así que... ¡a la cuarentena!



Una hora después de que los coyotes dejaran de aullar, seguía sin pasar nada. La totalidad del rancho se había concentrado en torno al porche de la casa principal; es decir, la casa del patrón.

Todos estaban expectantes porque habían oído ruido en el despacho, luego habían visto el humo negro, después los coyotes se habían puesto a aullar y, más tarde y por espacio de una hora ya... el silencio. Como no había movimiento, tanto los braceros como los capataces llegaron a la conclusión de que nada pasaba, que los patrones estarían hablando de sus cosas, y ya estaban a punto de irse cada uno a sus cotidianos quehaceres cuando de pronto se abrió la puerta. Se quedaron petrificados. En el sombrío umbral apareció, rubia y fría como un tesoro, la silueta de la patrona. Llamó a tres de los capataces-matones del rancho y les pidió que hiciesen el favor de entrar.

Recelosos, casi temblorosos, aquellos hombrones cruzaron el umbral. Lo que vieron los dejó de piedra. La sala no parecía haber sufrido grandes desperfectos: un par de sillas volcadas aquí y allá, jarrones y platos rotos al haberse caído de la alacena..., casi todo en orden. Solo dos detalles llamaban la atención: la chimenea y el sofá. Al pie de la chimenea yacía el cuerpo del patrón. La cabeza, que estaba dentro del hogar, era ahora un cráneo pelado, calcinado y negro, como las intenciones de la persona que lo había asesinado a sangre fría. El resto del cuerpo estaba en perfecto estado, con la espartana dignidad de un patricio del Oeste. Algunos de los testigos manifestaron más tarde que sus botas eran tan negras y relucientes como su cráneo.

En el sofá, tendido, estaba *Trigger* Brennan ataviado a la manera que, años más tarde, haría popular al Pato Donald; es decir, vestido de cintura para arriba y completamente desnudo de cintura para abajo. Su llamativo cinturón le rodeaba el cuello. Alguien lo había entrelazado en los barrotes de madera del reposabrazos y, con un almirez, le había dado vueltas hasta

transformarlo en una especie de garrote vil que lo había matado de inmediato al estrangularlo y romperle el cuello.

Dicen que ese tipo de muerte es rápida y prácticamente indolora. Nadie ha vuelto para contarlo. Lo que quedaba muy claro es que para la mano ejecutora no había sido su primera vez, por la rapidez y precisión necesarias para semejante empeño. Su autora miraba con inocente candidez a los asombrados y horrorizados testigos.

—Brennan quiso violarme, mi marido me defendió y Brennan lo mató. Luego yo maté a Brennan.

Nadie se lo creyó. Nadie se atrevió a llevarle la contraria.

Todos miraban a Brennan: los ojos del matón, desorbitados; la boca, abierta de par en par. Sus enormes y desordenados dientes, que antes evocaban un choque de trenes, invitaban a una piadosa excursión por Arlington.

CAPÍTULO 8

Cuando estaban formados para desfilar hacia los lóbregos barracones que serían su hogar durante al menos cuarenta días (eso, en el caso de que las autoridades sanitarias no los rechazaran definitivamente), alguien sacó al coloso vasco de la fila.

—Tú ya has pasado la cuarentena, ¿te vienes con nosotros! —gritó un ofidio de uniforme que acompañaba a Paddy y su comitiva de reptiles.

Los vascos y los franceses no entendían nada, y *Hollybelly* les tradujo con su pachorra habitual.

—Yo, sin mi hermano, no voy a ninguna parte —aseguró José con el gesto ceñudo que solo algunos vascos de pura cepa saben poner.

Uno de los ofidios se abrió el abrigo y enseñó un risueño pistolón, que amenazaba con demostrarle que sabría carcajearse a mandíbula batiente en cualquier momento. Como era una muestra de humor universal, José se calló de inmediato. Se dirigió a sus amigos, los tranquilizó diciéndoles que, en cuanto cumpliera con los trámites que exigían esos alegres caballeros, volvería para ir con ellos a ese paraíso prometido en Nevada, su destino final. No quedaba otra, de manera que, de muy mala gana, se fue con *Hollybelly* y sus funcionarios de sanidad, y el pobre José, con Paddy y su terrario de serpientes.

Pero dejemos al bostoniano por un momento y sigamos a los pobres emigrantes en su aventura en la isla de Ellis.

Tras los trámites de rigor, los condujeron en fila india a las duchas, cuya existencia desconocía la mayoría. Muchos las miraron con resquemor,

incluso algunos se opusieron con firmeza a entrar en ellas. Y por fin, llegaron a un inmenso hangar flanqueado por innumerables filas de camastros, a cuyos pies se encontraban unas sábanas pulcramente pegadas, una sola manta (a pesar del húmedo frío imperante), y una almohada con su funda. Algunos no se habían acostado en una cama tan mullida en toda su vida, otros no habían visto una cama jamás porque, o habían dormido en cuadras con los animales que cuidaban, o al raso.

Todos miraban aquel pabellón boquiabiertos, con curiosidad unos, con recelo los más; incluso con miedo, porque sabían que ese escenario podría ser el último paso que los llevaría de vuelta a su tierra, algo que no podía ser de ninguna manera porque lo habían vendido todo para pagar esa fantástica excursión sin saber que gran parte de su dinero acabaría en el bolsillo del gran Paddy O'Shaughnessy.

Mientras tanto, la lúgubre comitiva que volvía a Manhattan con la (para ellos) Gran Esperanza Blanca del boxeo, atisbaba ya *Battery Park* a pesar de la pertinaz nevada que cubría de blanco la isla. En el *ferry*, el vasco iba ensimismado entre pensamientos que le habían hecho concluir que, nunca en toda su vida, se había puesto verdaderamente a prueba. Entendámonos: no es que su vida hubiese sido la de un señorito de esos que vivían en las grandes ciudades como Bilbao, no. Más bien, todo lo contrario. En Guernica no había conocido más que la necesidad; no la pobreza, pero sí la necesidad. Pensaba en su mujer y en esos pobres chiquillos que había dejado atrás. ¿Qué sería de ellos ahora que las cosas se habían complicado más? Pensaba en su hermano y en la francesita. ¿Acabarían teniendo algo los dos? Tendría que acarrear con su pobre hermano, que, sinceramente, cada vez tenía peor aspecto. La verdad era que estaba medio lelo y no supondría más que un lastre en esa aventura americana que había comenzado hacía solamente un mes, ¡un mes!

Y pensaba en lo que le había dicho su tío en muchas ocasiones: «un hombre no sabe lo que lleva dentro hasta que no se encuentra saltando una trinchera». ¿Era esa su trinchera? ¡Sin ninguna duda! También la de su hermano. Nadie los había puesto a prueba todavía, pero estaban a punto de hacerlo.



Jude, el regente del *saloon*, se encontraba sentado tranquilamente fumando y saboreando un vaso de coñac, decidiendo, mientras miraba las volutas de humo ascender hacia el techo, si era uno de los peores que había probado en su vida. En la butaca de al lado estaba la viuda del patrón del rancho haciendo exactamente lo mismo. Se encontraban celebrando el fin de las hostilidades por ambas partes. Ella le explicaba que su marido había cambiado mucho desde que llegó Brennan, que ya no era el mismo desde que Paddy les había prestado dinero, y que la figura de Brennan controlando el negocio había destrozado los nervios, no solo de ella y de su marido, sino los de esas pobres almas cándidas que eran sus braceros. Señaló que Paddy sabía que en el Oeste había futuro, que en Nevada las leyes del juego y la explotación del ganado y los ranchos podrían hacer alguien inmensamente rico a quien lo controlase.

Jude, en un tono entre burlón, paternal y escéptico, preguntó qué tenían que ver el juego y la ganadería, a lo que la viuda, que tenía respuesta para todo, le explicó que, si un *saloon* como el suyo ganaba cien con el juego, podía declarar cincuenta siempre que blanquease el otro cincuenta a través de las explotaciones ganaderas. Pero, para eso, alguien tenía que hacerse con gran parte (si no con la totalidad) de esas explotaciones. Eso es lo que pretendía Paddy trayendo mano de obra desde Europa: pasarlos por la frontera de una manera «limpia» para después hacerse con los ranchos mediante préstamos usurarios o por la fuerza. Jude se quedó sorprendido y preguntó a la viuda si había llegado a esa conclusión ella solita, a lo que ella respondió que solo hacía falta abrir los ojos; lo demás estaba más claro que el caldo de un asilo. Añadió además la reciente viuda que quizá a le podría apetecer unirse a ella para hacer frente a Paddy y quedarse con el negocio.

—Mire —comenzó a decir Jude—: yo vengo de Europa. Llegué aquí con lo puesto. Me ha costado lo indecible conseguir lo poco que tengo; entre otras cosas, hacerme amigo de los shoshones, que, como usted

comprenderá, no estaban por la labor de confraternizar con unos rostros pálidos a los que, con toda razón, odiaban porque se estaban asentando en unas tierras que eran suyas. No voy a arriesgarme a echarlo todo a perder haciendo frente a unos tipos del Este cuya acreditada crueldad conoce todo el mundo.

—Pues piénselo. Le aseguro que, cuando Paddy y sus socios aparezcan por aquí, tomarán posesión de estas tierras. Créame cuando le digo que, por las malas, Paddy le hará vender su negocio y que, una vez formalizada la transacción, lo matará, le descuartizará, arrojará sus despojos a la chimenea y después se pondrá a leer la escritura de compraventa a la luz de la fogata. Además —remató Jo—, no está usted solo. Cuenta con mis braceros, con mis capataces y con sus indios shoshones, a los que usted sabrá convencer. Y hablando de convencer, seguro que los que antes fueron sus enemigos (es decir, los patrones de los otros ranchos del condado) encontrarán interesante hacer causa común con nosotros por la cuenta que les tiene. De la voluntad de Paddy me encargo yo —sentenció la viuda.

A Jude, el gerente, no le cupo ninguna duda. Al fin y al cabo, ya se había encargado de algunas voluntades en lo que llevaba de vida.

CAPÍTULO 9

A pesar del frío húmedo de Nueva York y de que seguía nevando sin parar, tanto que apenas se veía el (todavía no muy alto) *skyline* de la ciudad, José tenía calor. Es más, estaba sudando a mares, como si estuviese enfermo y tuviese fiebre. Pero, normalmente, cuando se está enfermo no se tiene hambre, y él tenía un hambre voraz. Tenía que comer algo.

Eso mismo debió de pensar la fúnebre comitiva que lo acompañaba porque, en un momento, nada más desembarcar del *ferry* que los dejó en Brooklyn, se metieron en un bar y José probó, por primera vez en su vida, un sándwich de pastrami. No era el mejor de la ciudad, pero el guerniqués pareció revivir. No tenía dinero para pagar su comida y eso le preocupaba, aunque pronto se dio cuenta de que lo habían invitado. Y eso le preocupó más. Nadie invita a nadie porque sí.

Recorrieron unas calles que dejaron a José maravillado. Algunas estaban vacías como un caserío medio derruido; otras, atestadas de gente que caminaba deprisa, cada uno a lo suyo, como ellos. Iban camino, por lo visto, hacia un punto concreto. Atravesaron en landó esa estructura inverosímil, para él, que era el puente de Brooklyn y caminaron unas cuantas millas al norte cuando, en medio de la desesperación y al cruzar el *Borouhg Hall Park*, José atisbó la imponente figura de la estatua de Henry Ward Beecher con su severa faz bronceada, y pensó que a él no lo miraba así nadie. Pronto se vio ante la puerta de un gimnasio. Por supuesto, nuestro amigo no sabía lo que era aquello, aunque muy pronto lo averiguaría.

Nada más cruzar el umbral, lo deslumbró esa luz de pecera ambarina. El

olor a sudor y sufrimiento físico es igual en todo el mundo, pero, mientras que en Guernica ese sudor y sufrimiento eran fruto de la lucha diaria por la supervivencia, aquí era como si no les importara a sus víctimas. Es más, incluso parecía que algunos se lo estaban pasando muy bien recibiendo y esquivando puñetazos.

Siguió a sus silenciosos cicerones a través del enorme gimnasio hacia una puerta en la que se podía leer (el que supiera) «*Manager*». Entonces, surcando el cúmulo de ruidos de todo tipo que envuelven a un establecimiento así, se oyó la voz de un barítono con ronquera:

—¡Eh, tú! ¡Maldito hijoputa irlandés!

Y, al punto, una cara enorme se acercó a Paddy hasta quedar prácticamente nariz con nariz. Una gran sonrisa se dibujó en el rostro del tipo, dejando ver una dentadura hecha de oro y cobalto que le daba la apariencia de estar masticando relojes.

Dos zarpas gigantescas cogieron la cara irlandesa de Paddy y le plantaron dos besos. Uno en cada mejilla. Entre estruendosas carcajadas, le hizo saber que lo poco que tenía en esta vida, incluidos sus dientes de cobalto y oro, se lo había dado Paddy al hacerle perder algunas buenas peleas. Explicó que cualquier luchador llamaría a eso tongo. Y así es exactamente como se llama. ¡Tongo! Pero, para que el tongo cuele, hace falta arte. De lo contrario, no es la cárcel lo peor a lo que te puedes enfrentar. Soltó una risotada, y el cobalto y el oro volvieron a hacer acto de presencia.

Entraron todos en el despacho y se quedaron petrificados con lo que vieron. Allí estaba una representación de lo que más tarde daría en llamarse el «Sindicato del Crimen»; es decir, representantes de las familias más importantes de Nueva York. La cosa iba muy en serio. Alguien dijo:

—Entra y cierra la puerta, Paddy.

Ya no estaban solo los matones de su anterior visita. Paddy se encontró entre sorprendido y muy acojonado. El *capo di tutti i capi* recordó los viejos tiempos. Brindó por ellos, aunque señaló que esos tiempos habían pasado. Habían recibido un telegrama que informaba de los sucesos acaecidos en *Paradise Valley*. Paddy ni siquiera podía controlar las fuerzas que había desatado. Se le había prestado una cantidad enorme de dólares para sacar

adelante un negocio que parecía muy interesante en principio, con la tapadera de los ranchos para blanquear el dinero de los casinos, pero, bien mirado, ¿quién iba a jugar un dólar en medio de la nada, en medio de un desierto, en medio de Nevada?

Tenía que devolverles el dinero y rápido.

—Dicen que vienes con la Gran Esperanza Blanca del boxeo, pero ¿quién lo conoce? Un vasquito fortachón. Vale. Si quieres, podemos (por hacerte y hacernos un favor) anunciar que es la sensación en Europa. Que es capaz de tirar a la lona al más pintado, pero recuerda: te la juegas a una carta. Este imbécil que has traído tiene que convencernos de que puede ser el nuevo campeón de todos los pesos... y luego parecer que lo derriban por K.O. Así la bolsa será nuestra. Incluso puede que sobre algo de dinero. De lo contrario, te veo de vuelta, no en Boston, sino en Irlanda. Y como tú mismo has dicho en más de una ocasión, Irlanda no es más que un agujero lleno de mierda y de pulgas. No lo olvides. Y ahora veamos lo que sabe hacer este gigante.



A Juan le parecía mentira que hubieran salido de Cherburgo tan solo hacía once días. ¡Ni siquiera había pasado un mes desde que cogieran el hatillo y pusieran rumbo a lo desconocido! ¿Y qué decir de la pobre Florence? La pequeña francesa, que ya se había convertido en alguien de la familia (bueno, no, de la familia no, porque normalmente uno no se enamora de alguien de la familia y Juan...) Lo más preocupante era el hermano. Aquel hombre callado y taciturno era ahora un enfermo, sin lugar a dudas. A pesar de que intentaba disimular su situación para no tener problemas con las autoridades sanitarias, no pasó desapercibido para estas y fue derivado al hospital. Su hermana se desgañó implorando que le dejaran acompañar al desdichado, aseguró que no ocuparía ninguna cama y que dormiría en el suelo, y las autoridades la vieron tan afectada que

dejaron que le hiciese compañía unas horas al día.

Para su sorpresa, en el pabellón donde se encontraba su hermano, Florence vio a un viejo conocido del largo viaje; ni más ni menos que a Severiano, que, desde aquel formidable gancho de José, andaba taciturno, monomaniaco y terriblemente reservón, abismado en pensamientos que le tenían su poco cerebro secuestrado. Cuando se cruzaban en los laberínticos pasillos del hospital, Florence le saludaba temerosa con la cabeza. No se fiaba de que ese pendenciero no le montase un numerito al identificarla con los hermanos guerniqueses, pero Severiano ni la miraba.

El hermano de Florence cada día estaba peor. Ni siquiera mejoraba con los amorosos caldos y sopas que, gracias a un pequeño soborno a una compatriota que, aun habiéndose compadecido de ellos, no hacía ascos a alguna cantidad, (minúscula, eso sí) de dinero.

Desde el hospital, las vistas a la estatua de la Libertad eran magníficas y muchas tardes Florence ayudaba a su hermano a contemplar esa mole que prometía prosperidad en un amigable país.

Calentándose las manos con el tazón de sopa estaba su hermano cuando Severiano se les acercó como una exhalación. A pesar de no hablar su idioma, entendieron que decía algo como: «¡me voy de aquí!».



La propuesta de la viuda del ranchero había sorprendido a Jude, el gerente del *saloon*. Dijo que era muy audaz y que estaba bien pensada, pero que tenía un pequeño fallo. Daba por hecho que tanto él como sus hombres la ayudarían, y eso era dar mucho por hecho.

—¿Qué le hizo pensar que yo la ayudaría?

—Lo leí en sus ojos.

—Pero si nos acabamos de conocer.

—Ya lo sé, pero, nada más verlo, me di cuenta de que es usted un idealista, un soñador.

—¿Soñar? ¡Pero si yo no puedo ni dormir! Mire, Jo: ha sido usted muy valiente viniendo aquí. Mis indios estaban preparados para un ataque de sus hombres, pero su valentía, al venir sola a proponerme que sea su socio, me parece sorprendente.

—No me subestime; yo no salgo desnuda a dar paseos por ahí.

—Es una pena; no me perdería el espectáculo por nada del mundo. Seguro que pondría de acuerdo a todas las tribus que faltan por civilizar.

—Me han acompañado algunos de mis capataces, que sus indios no han sido capaces de detectar. Concretamente, seis de ellos. Ya ve que la astucia no se debe pasar nunca por alto.

—¿Le apetece otra copa?

—Lo siento: nunca bebo más de una y ya he cubierto mi cupo. Hay que tener mucho cuidado con el alcohol. A veces embrutece a la gente y le impide pensar con claridad. Pero beba usted si quiere... Así ahoga las penas la gente.

—Las mías aprendieron a nadar hace ya muchos años. Permítame entonces que me beba la mía y la suya. ¿Sabe que hay un creciente movimiento en aras de su ilegalización? ¡Menuda la que podría montar! Pensándolo bien: ojalá lo prohíban. Ahí habrá negocio.

—No veo por qué.

—Y dígame, Jo: ¿una mujer de sus recursos ha acudido aquí, a la boca del lobo, sin llevar encima un arma? Usted es una mujer muy astuta, sí, y, por lo tanto, no tan temeraria.

Jude se había servido una generosa ración de coñac antes de sentarse a una mesa redonda decorada con un florero de cristal de roca con unas hermosas flores multicolores, lo cual era un prodigio en un desierto como aquel. Pero, en fin, los indios las traían todas las mañanas para dar un toque de color a tanta madera. Nadie sabía de dónde las sacaban; misterios de los indios.

—¿No pensará usted, ni por un momento, que he venido desarmada? Además de mis empleados, que, como ya le he dicho, están vigilando la casa, he traído esto. —Rápidamente se levantó la falda y sacó un revólver de importantes proporciones. Jude ni se inmutó—. Pero, como prueba de buena voluntad y de que, si usted quisiera, lo nuestro podría ser algo más

que una prometedora sociedad...

Jo colocó con gran parsimonia el revólver sobre el mantel que cubría la mesa. Entornó los ojos y pronunció amorosamente el nombre del gerente. En ese momento llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Jude.

Un indio tan serio como esos de madera que adornan las puertas de los *general stores* para anunciar tabaco llegó con una caja de madera no muy grande, pero bastante pesada. Entonces, como si fuese un prestidigitador, la abrió e hizo rodar por el suelo las cabezas de cinco cristianos antes de desaparecer en un santiamén. Sí. Cinco cabezas. Faltaba una.

A partir de ahí, todo sucedió a la velocidad del rayo. Jo, la viuda, se precipitó a atrapar el revólver. El gerente tiró del mantel hacia él, lo que hizo que el arma y el mantel cayesen al suelo. Las manos de Jo intentaron atrapar algo que ya no estaba, dando a su estampa una imagen risible. A la vez, rápido como una cobra, Jude hizo aparecer en su mano la pistolita Derringer que ya conocemos del episodio con el difunto Brennan.

Aquí debo de hacer un inciso: hay quien dice que las Derringer, con su calibre diminuto, son pistolas inofensivas, de juguete. Nada más alejado de la realidad. Si las sabes usar y haces que la bala penetre con facilidad en el cráneo (por ejemplo, por el globo ocular) causará grandes destrozos al rebotar de un sitio a otro buscando una salida en ese laberinto de gelatina que es el cerebro humano. Además, tiene la ventaja de no dejarlo todo perdido de sangre. Y eso fue exactamente lo que pasó.

Las cabezas, desde el suelo, contemplaron la escena impávidas. El carillón, redondo y antiguo como el culo del gerente, continuaba inalterable con su monótono tic tac. Jude encendió un pequeño puro y, echando el humo hacia la esfera, pensó: «*tempus fugit*».

CAPÍTULO 10

José no acertaba a comprender por qué se estaba cebando con él un avispero. Concretamente, con su cara. No recordaba haber molestado a ninguna avispa, pero, al parecer, así había sido. De pronto sintió sueño, un sueño superior a sus fuerzas. Las piernas parecían de mantequilla. ¡Mantequilla! ¡Qué buena la batía su mujer! ¡Lo que daría ahora por una buena rebanada de pan con mantequilla! Pero debía concentrarse: las avispas lo estaban devorando vivo. Un fuerte dolor lo devolvió a la realidad. Lo que él creía agujonazos eran puñetazos, puñetazos de alguien que llevaba un buen rato empeñado en tirarlo al suelo sin éxito. Por fin, un puñetazo especialmente fuerte (en el que su rival echó el resto pensando en que iba a ser el definitivo) logró el efecto contrario al pretendido y, lejos de enviarlo a la lona, le despertó.

Por un ojo no veía nada y el otro estaba lleno de sangre, sudor y lágrimas, aunque todavía servía para apuntar. Su rival, por otra parte, estaba confiado pensando que el vasco era un paquete; un paquete muy duro; eso sí. Tan duro que no mordía el polvo.

Y en esas estaba el barrigón rubio que se desfondaba sacudiéndolo cuando, de pronto, el que se durmió fue él. Uno no es consciente del K.O. Si lo fuera, no estaría fuera de combate, y ese hombre lo estaba. Unos minutos después abrió los ojos y se preguntó quién demonios había movido el *ring* de sitio, por qué el suelo estaba en el techo y viceversa. Y estaba a punto de responderse cuando volvió a perder el conocimiento.

—Joder, chico, ¡tienes pegada! —gritó Paddy O'Shaughnessy.

Mientras José se duchaba, algo que no había hecho jamás (como mucho, se había bañado alguna vez en el río, aunque lo habitual para él era enjabonarse y enjuagarse en una palangana de zinc en la cocina), tanto Paddy como sus socios no daban crédito a lo que acababan de presenciar. Estaba claro que ese bulto sospechoso nunca llegaría a nada en el boxeo, pero era posible que los sacase del enorme apuro en el que se encontraban. Ahora lo fundamental era hacer que ese gigante pareciera un boxeador. Tenía talla, encajaba los golpes como nadie que conocieran y, cuando pegaba, temblaba la tierra; pero no tenía porte ni figura con esa enorme nariz, ni se sabía mover por el cuadrilátero. Tendrían que ponerse manos a la obra y rápido: el combate iba a tener lugar dentro de dos semanas. Pero lo más difícil iba a ser hacer entender a ese tipo que, una vez aprendido lo fundamental del boxeo, debería dejarse tumbar en la lona con convicción y sin que pareciese lo que realmente era: un tongo.



Los días iban transcurriendo con relativa calma en la isla de Ellis. Análisis, duchas, desinfecciones, más análisis, preguntas... La salud del hermano de Florence se iba deteriorando, lenta pero inexorablemente, a pesar de que tanto Juan como ella misma lo colmaban de atenciones, que pagaban a precio de oro, un oro que lógicamente iba acabándose a pasos agigantados. Todos los días, además del rancho, Florence conseguía, a través de una cuidadora que tenía su negocio montado, un gran tazón de caldo aderezado con tuétano y ella, con santa paciencia, se lo iba dando poco a poco; operación que podía durar hasta una hora.

Finalmente murió en los amorosos brazos de Florence y ante la mirada consternada de Juan. Nadie supo exactamente de qué murió; puede que de hambre, de pena... Pero murió allí, en la isla de Ellis, donde morían los sueños de cientos de personas todos los días. El hospital de la isla era uno de los mejores y más modernos, no ya de Nueva York, sino de todo Estados

Unidos, además de ser un hospital universitario donde se impartían clases de Medicina. Los fallecidos por enfermedades sin determinar eran inmediatamente incinerados allí, de modo que nadie sabe qué hicieron con sus cenizas. Florence y Juan quedaron desolados, pero eso los unió todavía más.

Todos los nuevos braceros-esclavos que iban a nutrir *Paradise Valley* estaban muy nerviosos porque *Tripasanta* llevaba días sin aparecer y, sin el certificado de trabajo en Nevada, lo más seguro era la deportación. Pero una ventosa mañana, el cura hizo acto de presencia en el pabellón agitando un telegrama en el que se podía leer que se necesitaba mano de obra urgente, así que, en principio, no tenía por qué haber problema. En cuanto terminasen los cuarenta días, los esperaban el tren y *Paradise Valley*.

Naturalmente, Juan quiso saber de su hermano, pero *Tripasanta* le dio largas. Le informó de que iba a ser la sensación boxística de Manhattan y que ya tendría noticias de él en cuanto celebrase su primer combate. Le aseguró que se auguraban tiempos no solo de prosperidad, sino de opulencia; y que, si el éxito de su hermano lo pillaba en Nevada, seguro que les enviaría un coche con chófer de vuelta a la isla; a la de Manhattan, por supuesto.

Pero recordaréis que Severiano andaba taciturno, encerrado en sí mismo, rumiando, en esa cabeza que José dejó tarumba, la idea de fugarse de la isla. Pues bien: de momento, estaba en el psiquiátrico del hospital de la isla en régimen abierto; es decir, sin camisa de fuerza ni celda de paredes acolchadas. Pero, en su monomanía, había estudiado las posibilidades y había llegado a la conclusión de que, desde ahí precisamente, las opciones de escapar eran mayores que desde cualquier otro lugar. Tenía razón; lo que no parecería probable, para cualquiera que analizase el plan desde fuera, era que pudiese sobrevivir ganando la isla de Manhattan... ¡a nado!



En el *saloon*, Jude había reunido al grueso de su empresa; es decir, media docena de putas procedentes de media docena de estados, los leales indios, y el pianista. Todos con caras severas, preocupadas. La cabeza que faltaba entre las que habían rodado en el despacho de Jude estaba unida al cuerpo del único capataz que se mantenía con vida. Tenía la cabeza, pero no cara, pues se la habían borrado a palos. Aun feo como una gárgola, respiraba. Respiraba, pero no veía. Los cuajarones de sangre y los jirones de piel que caían de lo que, hasta hacía no mucho tiempo, era su cuero cabelludo le impedían ver. Sin embargo, oía perfectamente y, por lo tanto, pudo escuchar lo siguiente:

—Queridos amigos y socios: ¡nos hallamos ante una situación comprometida, pero no desesperada! —Los allí presentes prorrumpieron en una risotada—. No es la primera vez que nos enfrentamos a un problema parecido, pero os aseguro que será la última. No hace tanto, los rancheros de la zona nos quisieron echar de aquí, como antes nos echaron de Utah los cuáqueros. Ellos pudieron hacerlo gracias a su poder e influencia en la región con aquellas caras de moscas muertas. Cuando llegamos aquí, intentaron hacernos huir con todo tipo de métodos coercitivos. Hoy, gracias a nuestra astucia y poder de maniobra, sus cadáveres alfombran el desierto del noble estado de Nevada.

»Gracias a la información cedida desinteresadamente por este educado caballero que hoy es nuestro huésped, y a otras que hemos ido recogiendo aquí y allá, sabemos que una banda de malhechores vendrá pronto con la infame intención de hacerse con todos los ranchos del condado con la excusa de proporcionarnos mano de obra esclava (noble afán) y, mediante la violencia y otras trapacerías sin cuento, echarnos a todos del lugar. Posteriormente, gracias a las permisivas leyes de este admirable estado, abrirían casinos y *saloones* para enriquecerse y, a la vez lavar, su asqueroso dinero procedente de los más viles negocios que imaginar pueda una cabeza podrida y comida por las moscas. Y eso, creedme, mientras yo pueda evitarlo, ¡sencillamente no va a pasar!

—¿Y si no puedes evitarlo? —gritó un don nadie.

—Vosotros me conocéis. Lo evitaré. La primera medida a adoptar es ganar tiempo. A pesar de que habéis hecho una obra admirable en el cuerpo

y el espíritu de este desgraciado, no sabemos exactamente cuáles son los planes del señor O'Shaugnesy. Ni siquiera sabemos en qué momento (ni cuántas personas) tienen previsto venir a arramblar con lo que ellos creen sus posesiones. Por eso, gracias a la inestimable ayuda de este distinguido inútil, me he permitido enviar un telegrama con la firma del señor Brunetti, el rancharo recientemente finado, asegurándole que todo va viento en popa y que no tiene nada que temer, que lleve adelante sus planes. De esa manera no habrá suspicacias y llegarán confiados. Aquí los estaremos esperando. Avisaré a los que antaño eran nuestros enemigos, los demás rancharos del condado, venciendo la natural repugnancia que siento por ellos, para informarles de lo que se les viene encima. Estoy seguro de que, por su propio bien, se adherirán a nuestra lucha, que no es otra que adelantarnos a las intenciones criminales de esos desalmados. ¡Y ahora todo el mundo a trabajar, que está todo perdido de sangre! Pero, antes, tomaos un trago por cuenta de la casa y echad esta basura al basurero.

El capataz no pudo poner cara de circunstancias. No tenía cara.



Los días fueron pasando del gimnasio a un cuartucho en el que José malvivía compartiendo espacio con muchas cucarachas y dos matones de Paddy, que no le quitaban el ojo de encima. Pero José no pensaba en escaparse. ¿Adónde iba a ir? No, pensaba (y a veces lloraba recordándolo) en Guernica, en su mujer y los chavales, y, sobre todo, en su hermano Juan. Se arrepentía de haber tomado esa decisión. Fue una auténtica locura dejar la herrería, a su tío..., dejarlo todo pensando que sus ganas de trabajar y su iniciativa iban a hacerles triunfar y volver con la cabeza alta para poner un restaurante, un hotel... ¡Una locura y una estafa! Aquello era un mercado de esclavos al servicio del irlandés. Y quien conseguía los esclavos con engaños y trapacerías era, nada menos, que quien decía ser sacerdote y llamarse padre Tiburcio Azcuénaga, o *Tripasanta* o *Hollybelly*, cuando en el

pueblo era Salustiano Aguirrezabal, aquel tonto que había desaparecido hace años. Tonto. ¡Ya, ya...!

En esos pensamientos estaba cuando un gancho en el mentón lo hizo tambalearse. Tambalearse, ¡pero no caer!

Decían sus preparadores que tenía un instinto natural para cubrirse; que, aunque era un poco lento, sabía esquivar muy bien los golpes cuando estaba atento (porque casi siempre estaba distraído, como medio lelo). Ahora, eso sí, tenía una pegada capaz de derribar una pared. Pero era un púgil de los de «todo arriba»; es decir, de cintura para abajo era un «marmolillo», que dirían los taurinos; vamos, que no se movía. Sus pies eran de plomo. Pero, en fin, en una semana había avanzado lo suficiente como para dar el pego. Y faltaba otra para el gran combate. En esa semana le tenían que enseñar a tirarse a la lona sin que se viera el amaño.

Todo el mundo sabe que en un tongo solamente está informado de ello el que se va a tirar. Y tirarse al suelo de manera natural requiere una técnica, bien instintiva o bien adquirida a través del ensayo-error, que el bueno de José ni poseía ni estaba dispuesto a aprender por cuestiones morales.

Pasaba el tiempo; quedaban solamente cuatro días para el gran combate. Paddy se esforzaba por ocultar su estado de extremo nerviosismo, acosado por los dos hampones que sus socios de Nueva York le habían puesto para fiscalizar todos los movimientos del bostoniano-irlandés en aras de impedir cualquier intento de huida, y decidió invitar a José a comer. Porque Paddy sería un gángster y un tipejo, pero las cosas como son: no era roñoso para con la gente que trabajaba con él y no soportaba tener a su alrededor a tipos vestidos de cualquier manera, así que tenía a José hecho un figurín; elegante traje de tres piezas, camisa con cuello de celuloide, corbata de lazo, botines de piel de potro y todo ello rematado por una deportiva gorra Hatteras.

El local escogido fue el mejor restaurante de la ciudad, el Delmonico's, que, en cierta manera, lo sigue siendo. Pues bien, hacia allí se dirigió una alegre comitiva con los corazones alborozados. José se sentía ridículamente envarado embutido en aquel traje, aunque no había perdido el apetito. ¡Eso nunca! Sentado entre todos aquellos delincuentes y rodeado de lo mejorcito de la sociedad neoyorquina de la época, casi olvidaba los angustiosos momentos de la partida de su Guernica natal, con el abandono a su mujer e

hijos para embarcarse en una aventura que no imaginaba así en absoluto. Iba a preguntar a Paddy por su hermano cuando una venus de raso se sentó a su lado y, antes de que pudiera reaccionar, las ostras y el champán corrían a diestro y siniestro. Tenía que acordarse de preguntarle más tarde. Él, que jamás había comido semejantes manjares, desempeñó el papelón de su vida. Solo un ejemplo: cuando sacaron las gambas, animal que no había visto en su vida, tuvo enormes reparos en comérselo, pero, una vez catadas, no pudo dejar de tragar, y se zampó docena y media en un abrir y cerrar de ojos con cáscara y todo, lo que le llenó tanto la boca como los labios de cortes y llagas. Aquello provocó la hilaridad de los presentes. Como remate tronchante, cuando les sacaron un enorme bol con hielo y rosas para lavarse las manos, no se le ocurrió otra cosa que levantarlo y bebérselo de un trago. Sin comentarios.

Después de comer, aquellos alegres muchachos se dirigieron a tomar unas cervezas a *Battery Park*. Prefirieron caminar a tomar un carruaje, así que dieron un buen paseo. Por el camino, José manifestó que lo único que necesitaba para tumbar a cualquiera era una buena comida. La suripanta de raso que los acompañaba se echó a reír como si fuera la cosa más graciosa que hubiese escuchado en su vida. Habían dejado atrás las calles más populosas de la isla y atravesaban un solitario barrio cuando José se vio arrastrado al interior de un zaguán. La noche más oscura se cernió sobre él.



Una fría mañana los enloquecidos planes de Severiano cristalizaron en la única fuga de la que se tiene noticia en la isla de Ellis. Este se había dado cuenta de que los lunes por la mañana los vigilantes de la zona de la enfermería en la que él estaba ingresado (que no era otra que la zona de psiquiatría) llegaban más tarde de lo habitual, algo que atribuyó a la resaca del domingo. Se trataba de un cuarto de hora escaso, pero estimó que sería tiempo más que suficiente para salir de esa locura de pabellón y esconderse

en algún sitio a la espera de la caída de la noche, y, al amparo de esta, huir con más tranquilidad. Era verdad que, de los busturianos que habían viajado con él, era el único que sabía nadar, pero pretender llegar a nado a *Battery Park* desde Ellis no era una temeridad; era un suicidio.

Pero ni corto ni perezoso, esa fría mañana de lunes aprovechó el retraso de los vigilantes para atravesar la morgue con tranquilidad, abrir la puerta que siempre había deseado abrir, y verificar que no daba a la calle (y, por ende, a la libertad), sino a una sala de azulejos blancos que, para su pasmo, era un aula en la que aplicados alumnos de la universidad tomaban nota de las lecciones de Anatomía que un atildado doctor, ataviado con una bata blanca que le llegaba a los tobillos, estaba impartiendo en esos momentos.

En esos tiempos, el hospital era el más grande y moderno de los Estados Unidos. A lo largo de toda su historia, tres mil quinientas personas murieron dentro de sus muros.

Pues bien, la puerta de la morgue por la que se asomó Severiano emitió un desagradable chirrido al entornarse. El venerable galeno interrumpió su discurso, bisturí en mano, presto a diseccionar a algún pobre emigrante que yacía en la fría mesa de mármol ante sí. Los aplicados alumnos hicieron tres cuartas de lo mismo y volvieron sus cabezas hacia la de Severiano, quien disimuló como un consumado actor y atravesó la sala como si nada pasando por detrás del ponente, cruzando tan campante los nichos con hielo que contenían a los nuevos colaboradores futuros de la ciencia, caminando impasible ante las gradas donde tomaban nota los universitarios, y llegando a la parte opuesta del auditorio donde, por fin, abrió una segunda puerta, con su correspondiente chirrido, que lo llevó directo a la calle. La primera parte de su plan estaba completada. Solo quedaba lo peor.



Jude, el gerente del *saloon*, los tenía reunidos en una gran explanada cercana. Se notaba enseguida que no eran de la misma categoría social.

Algunos, una élite, se tratan con gran deferencia; se diría que se conocían hacía tiempo, puede que hubieran hecho negocios juntos y que llegaran al lugar a la vez. Muy pocos iban desaliñados porque había que dar ejemplo de pulcritud. De pie, venidos algunos desde ranchos ubicados a muchas millas de allí, unos bebían de sus petacas de cuero, otros fumaban en silencio y todos contemplaban a sus braceros, que los habían acompañado andando, en burro o en pequeños carrromatos bajo el sol implacable o el frío atroz. Allí, en silencio, parecían senadores romanos esperando para escuchar a César.

Y por fin, César abandonó su cubículo y se dirigió a la multitud. Con los brazos elevados al cielo, clamando en el desierto como el profeta Isaías, explicó al gentío los últimos acontecimientos acaecidos en el condado. Recordó cuánto les había costado conseguir lo que tenían. Admitió que muchos de ellos, a través de la mafia del Este, habían comprado mano de obra semi esclava, que, por cierto, había resultado de primera calidad; que muchos de los presentes habían contraído una deuda de muy difícil resolución con esos mafiosos y que, por lo tanto, debían esperar represalias de esos sujetos en cualquier momento de la forma en la que esa gentuza se cobraba sus deudas: mediante la coacción y la violencia. Informó de que él se había enterado de sus planes de manera casual, cuando la mujer de un rancharo quiso ayudar a los mafiosos asesinando a su marido, que se oponía a las artimañas de los bostonianos; que, según ella, el mafioso intentó violarla aprovechando la desaparición de su patrón en Nevada.

—Pero tú ¿cómo sabes todo eso? —gritó uno de los «patricios».

—Esa tía vino arrastrándose, asegurándome que estaba loca por mis huesos desde el primer día en que me vio. Me pidió que huyese con ella para burlar a esa gentuza, escondernos y poner un casino. ¡Un casino, figuraos! En Reno. Era una loca y una asesina. Por supuesto, me negué y se fue con viento fresco. De esto hace unos días. Ignoro dónde puede estar a estas horas; supongo que intentando engatusar a otro infeliz. —Los indios reunidos solo miraban y callaban. Todos los conocían (en la medida en la que se puede conocer a un pielroja) y sabían que estaban tramando algo—. La mandé a paseo. Me pidió prestados cien dólares, que, por descontado, doy por perdidos y se fue por donde había venido. Ni me dijo adónde iba ni

yo se lo pregunté.

Incomprensiblemente, tras esta ridícula exposición de los hechos que no engañaría ni a un niño de teta, nadie añadió ni media palabra. Quiso saber entonces nuestro admirado Jude qué pensaban hacer aquellos honorables patricios que estaban dispuestos incluso a admitir mano de obra esclava con tal de enriquecerse. Por supuesto, la respuesta fue unánime. Harían frente a los sinvergüenzas del Este a cualquier precio. Contaban con sus braceros, que podían, con un poco de instrucción, dar la vida por sus amos si hiciese falta. Aunque, claro, esos braceros no estaban muy ilusionados con la idea.

CAPÍTULO 11

A pesar de haber fabricado en la herrería de su tío muchas campanas, cencerros y otros artefactos de uso campanil, jamás había subido al campanario de su pueblo. Y como nunca es tarde si la dicha es buena, se alegraba de estar en semejante sitio por primera vez, aunque el estruendo era muy molesto. Poco a poco, las campanas callaron y dejaron paso a un intenso dolor de cabeza. Intentó, en un esfuerzo sobrehumano, ponerse en pie, pero no pudo por dos motivos: por una cadena de grandes eslabones que lo tenía anclado a la pared por el cuello y por la extrema debilidad que lo atenazaba.

Pronto se dio cuenta de que algo viscoso le cubría el pecho; había vomitado. ¿Cuánto tiempo llevaba en ese lugar? Pudo pasarse una mano por el rostro. Por la longitud de la barba, diría que unos tres o cuatro días. Pensó en el elegante traje que Paddy le había regalado y le pareció una pena haberlo echado a perder. Nunca había tenido un traje. Ni el día de su boda con la buena de Irene. Pensó en su mujer y sus hijos. ¿Qué sería de ellos? ¿Quién le habría mandado salir de Guernica? ¡Pobre Irene! ¡Pobres niños! Se acordó de *Tripasanta* y su doble personalidad. Habían caído en la ratonera.

El dolor de cabeza fue a más y llegó a la conclusión de que no estaba en ningún campanario, sino que las campanas estaban dentro de su cabeza. Le habían emborrachado, pero no recordaba haber bebido tanto. Solo un poco de vino en la comida. ¿Entonces? En esos pensamientos andaba cuando una pesada puerta chirrió al abrirse y dejó entrar algo de claridad. Escuchó

cómo miles de pequeñas patas se deslizaban rápidamente para esconderse. También agudos chillidos de pequeños mamíferos que hicieron lo propio. Ratas.

Entrevió una figura que no podría describir. Parecía una mujer, pero bien podría tratarse de un hombre menudo. Lo más raro eran los ojos. No había visto unos así en su vida y eso que, en aquella ciudad, empezaba a ver ojos de todo tipo. No parecían ojos, sino dos cuchilladas en un tomate. La cara, amarillenta, apergaminada e inexpresiva, decía cosas completamente incoherentes entre risitas ridículas. Se reía con la «i».

Con un rápido movimiento, agarró el brazo de José, le subió la manga y le puso una inyección. No tenía fuerzas ni para quejarse, ¡como para defenderse! No era la primera inyección que le ponían porque vio varias marcas en su brazo. Ni se había enterado. La mujer (o el hombre) se fue por donde había llegado, siempre hablando un idioma rarísimo, siempre con aquella risita ridícula con la «i».

De nuevo, las campanadas dentro de su cabeza. De nuevo, la vomitona y los ruidos de los insectos y las ratas. De nuevo, el sopor y luego, el bienestar.



Antes de que Severiano pudiese pensar su siguiente paso, con la suerte del principiante en fugas, sonó una sirena atronadora. Nunca antes había escuchado nada igual. Imaginó que era el aviso de que alguien se había fugado (o intentaba hacerlo) y huyó. Pensó que lo más rápido sería saltar al agua, pero desechó esa idea porque, a plena luz del día, sería un blanco muy fácil para los fusiles Remington de los guardias de la isla de Ellis, de la cual no se había escapado nunca nadie.

A lo lejos se oían los ladridos de los sabuesos, voces airadas y silbatos. No tenía tiempo, debía tomar una decisión: el agua o...

Echó un vistazo a su alrededor, vio varias construcciones de madera que

servían de granero, almacén y carbonera, y no lo dudó. Corrió hacia la estructura que le pareció más escondida, la carbonera.

Entró como una flecha y, tras unos segundos de desconcierto mientras evaluaba el mejor escondrijo para salir de esa asquerosa isla, decidió seguir la recomendación que le había hecho su padre, que estuvo en la guerra de Cuba: «en la guerra, o te entierras o te entierran». Apartó de modo frenético todo el carbón que pudo para hacerse un hueco en el que entrase su corpachón, se arrebujó en él y se cubrió por completo justo cuando ya se escuchaban de cerca los ladridos y la barahúnda de los vigilantes, que se gritaban órdenes e instrucciones a diestro y siniestro. Severiano intentaba estar lo más inmóvil posible, pero la verdad era que se movía más que unas natillas en un terremoto.

Se abrió la puerta e hicieron su aparición unos sabuesos de cuatro patas dirigidos por sabuesos de dos. El túmulo donde yacía Severiano se quedó inmóvil como por arte de Birlibirloque. Los perros pasaron por su lado olfateando el aire. Las bestias no dieron con su rastro; sin embargo, él podía olerlas perfectamente. Discutieron entre ellos en un idioma que Severiano no conocía hasta que decidieron seguir la búsqueda en otro sitio. Cuando por fin se cerró el portón de la carbonera, Severiano pudo volver a temblar a sus anchas; el peligro, por lo menos de momento, había pasado.

Las horas transcurrían lentamente. En el exterior hacía mucho frío y estaba nevando, pero, en la carbonera, cubierto de carbón, Severiano no lo sentía. Solo sentía tensión y aburrimiento, incapaz de pensar porque no tenía cerebro y el poco sentido común que le quedaba en el caletre se lo había borrado José de un guantazo.

Por fin las tinieblas se cernieron sobre Manhattan y, con más miedo que vergüenza, salió sin hacer ruido de su escondite. Se descalzó, unió con un nudo con los cordones de sus viejísimas botas y se las pasó alrededor del cuello. Anduvo unos metros hasta el portón y estaba abriéndolo cuando un ruido similar a un cañonazo casi le perforó el tímpano y le hizo temblar de pies a cabeza. No, no era un cañonazo; era simplemente el chirrido de la entada al abrirse. Así tenía los nervios Severiano.

La distancia entre la carbonera y el pretil que separaba tierra firme y el agua liberadora era de unos cincuenta metros. Allí no había alambradas ni

ningún otro artefacto que disuadiera a nadie de abandonar la isla; simplemente, se daba por hecho que nadie, en su sano, juicio fuera tan insensato como para tirarse a las aguas heladas y llenas de traicioneras corrientes de la bahía de Nueva York. Pero, claro, Severiano no estaba en su sano juicio.

Lo que más miedo le daba no era la temperatura de las aguas a las que se iba a arrojar, ni la distancia entre la isla y *Battery Park*, ni las corrientes que iban a hacer prácticamente imposible esa gesta..., ni siquiera su limitadísima capacidad natatoria. No, lo que más le asustaba eran los monstruos que pudieran existir bajo el agua.

Empezó a recorrer los cincuenta metros que lo separaban de la libertad y, cuando estaba a mitad del camino, escuchó gritos, silbatos, ladridos y pisadas que corrían en su dirección; todo ello iluminado por potentes focos que lamían el suelo buscando su figura hasta que, naturalmente, la encontraron.

No le quedó otra que correr. Mejor; así no se lo pensaría a la hora de echarse al agua. Tampoco sabía tirarse de cabeza, de forma que se arrojó de cualquier manera, agarrado fuertemente a los zapatos para poder corretear cuando llegase a las calles de Manhattan. Así tenía Severiano la cabeza.

Los focos siguieron las ondas del agua. Por unos segundos, pareció que no iba a salir a flote. Ya empezaban a darlo por ahogado cuando su cabeza emergió de entre las oscuras y heladas aguas. Todos los focos convergieron en él. Fue tal la impresión y el efecto del agua helada en su organismo que, durante unos eternos segundos, fue incapaz de mover un músculo. Estaba absolutamente agarrotado. Creyó que habían llegado sus últimos momentos en este valle de lágrimas y que estaba a punto de visitar el valle de Josafat, pero le sorprendió que las balas no silbasen a su alrededor junto a aquellos gritos. Lo que nunca supo Severiano fue que esos gritos lo conminaban a volver para no morir ahogado o de hipotermia. Para pasmo de todos, Severiano se recompuso y comenzó a nadar. A pesar de no tener un gran estilo, avanzaba con estimable velocidad. Los guardianes de Ellis no daban crédito a lo que estaban viendo sus ojos. Con ese frío y la temperatura del agua, no podría llegar muy lejos, y muchos ya estaban cruzando apuestas sobre el tiempo que duraría en la superficie.

Como he dicho, Severiano tenía miedo a muy pocas cosas en esta vida, y una de ellas eran los monstruos marinos. Hasta ese momento, no había pensado en ellos, pero ahora que se encontraba en «velocidad de crucero», empezaba a verlos por debajo. Desechó esas tremendas imágenes de su cabeza y siguió nadando en lo que él creía una línea recta, pero que en realidad se trataba de una gran elipse. Y en esas estaba cuando sintió en sus muslos dos golpes.

Lo que imaginó ese hombre no se puede describir con palabras (bueno, seguro que muchos escritores talentosos pueden; este, su seguro servidor, no puede), pero, para hacernos una pequeña idea, diré que de pequeño vio en las Sagradas Escrituras que estaban en el antifonario de la iglesia de su pueblo una representación del Leviatán. Bueno, pues de ahí, para arriba.

Ese contacto físico con el Averno tuvo tal efecto en el pobre desgraciado que se quedó paralizado antes de lanzar un enorme grito e irse al fondo. No adivinó Severiano que los golpes fueron provocados por las botas que, al deshacerse el nudo que las unía, se hundieron tropezando con sus piernas.

En la orilla de Ellis, algunos vigilantes hurgaron en los bolsillos de sus uniformes en busca del dólar que habían apostado con sus compañeros, quienes, relojes en mano, habían cronometrado el tiempo que estaría a flote el busturiano.



En *Paradise Valley* reinó una gran confusión, pero, pasado ese periodo, tanto patronos como obreros se pusieron manos a la obra con el objetivo de hacer frente a lo que se preveía una gran ofensiva por parte de las bandas del Este. A todos les convenía. A los patronos, por razones obvias. Pero también a los braceros, pues a sus explotadores habituales ya los conocían, no así a los tipos que, mediante engaños, los habían llevado a esa tierra inhóspita y convertido en esclavos a precio de oro; lo poco que conocían de

ellos les ponía los pelos de punta.

Así que, como si fueran un solo hombre, se prepararon para la guerra. Algunos patronos habían participado en la guerra de Cuba contra los españoles, otros llevaban participando en escaramuzas contra los indios desde que tenían uso de razón y, entre todos, se dedicaban a instruir a los reclutas que no habían visto un fusil en su vida. Los había más avispados, pero también más patosos que el oso Yogui aprendiendo a bailar con unas katiuskas puestas, pero todos, sin excepción, pusieron el máximo empeño en su instrucción. Y en ese tenaz empeño estaban cuando, escoltada por unos indios, una carreta de buenas dimensiones atravesó el valle levantado tras de sí una inmensa polvareda y se dirigió hacia ellos como alma que lleva el diablo. Todo el mundo cesó en sus actividades marciales y esperó a que la carreta parase ante ellos.

Guiando la carreta, cubierta por el toldo mítico carretas de las caravanas del Oeste, iba Jude, cubierto con un enorme guardapolvo de color marfil. Cuando el poso del polvo se hubo asentado, Jude quitó la capota y dejó ver una gran caja de madera que sobresalía de la cartola. La caja era grande, de unos dos metros por dos. Todos se mantuvieron a la expectativa. Finalmente, Jude habló:

—Compañeros y amigos, después de denodados esfuerzos y gracias a mis innumerables contactos, finalmente, unos caballeros de Texas me han hecho llegar este artefacto infernal que, a buen seguro, va a dar un vuelco inesperado a nuestra situación. Si ustedes han visto, en el cielo o en el infierno, algo mejor, díganmelo.

En ese momento y con gran teatralidad, quitó los pernos de la caja y quedó al descubierto una ametralladora de tambor marca Gatlin, montada sobre un trípode, de esas que disparan accionando una manivela, como el cinematógrafo. Un artefacto inédito por esos lares. Acto seguido, apuntó a un carromato de tonelada y media de peso, accionó la manivela y, en cuestión de unos segundos, este quedó reducido a astillas.

La reacción entre los parroquianos fue una mezcla de estupor, asombro, horror y júbilo. Cuando cerraron la boca, que había quedado como un palmo abierta, cesó la última ráfaga y una enorme ovación, seguida de grandes aplausos, antecedió a la estampida que llevó a Jude en volandas,

arrasó con el *whisky* y con las putas del *saloon*.

CAPÍTULO 12

Miles de diminutas patitas se arrastraban de nuevo por el suelo de la mazmorra. La puerta giró sobre sus goznes con el horrible chirriar de las cancelas del Infierno. José miró hacia el hilo de luz con la mezcla de curiosidad y escepticismo que le despertaba la enigmática figura (por indefinible) que se dibujó en el umbral, aquella que siempre se reía con la «i». Naturalmente, esa vez no iba a ser diferente.

En menos que canta un gallo, un chorro de agua lanzado a presión hizo que José girara sobre sí mismo y se golpeará la espalda contra la grasienta pared. El cuello, atado a una pesada argolla, esta vez al suelo, le parecía que se iba a quebrar de un momento a otro. Alguien calzado con unas pesadas botas le arreó un patadón en las costillas.

—¡Vístete, desgraciado!

Lo soltaron de la argolla y le tiraron a la cara una bata raída, unos calzones usados, unos calcetines llenos de tomates y unas zapatillas que le quedaban muy pequeñas. A duras penas se pudo poner en pie. La bata le quedaba más pequeña que las zapatillas. Días y días sentado en la misma posición habían hecho mella en su esqueleto. Andaba encorvado. Infinitas puertas se abrían y cerraban a su paso, urgido por garrotes que atenazaban sus riñones cada dos por tres. Sinuosos pasillos llenos de humedad lo conducían a lo que él creía una muerte segura. Goteras. Escaleras resbaladizas que subían y bajaban. En un lateral de la gran nave, enormes barreños rezumantes de agua caliente contenían telas, que eran golpeadas sin piedad por remos de madera manejados con destreza por personas de

ojos misteriosos y rostros impenetrables, que miraban inexpresivos a nuestro amigo y se reían más tarde. Siempre con la «i».

En medio de un pasillo, un gran espejo de azogue resquebrajado le devolvió su imagen. ¿Qué pintaba allí un espejo? Nadie lo sabía, pero a José no le gustó lo que vio. No se reconocía. Unos metros más adelante se abrió por fin un enorme portón y volvió la luz. Pero era una luz diferente; esa luz amarillenta y enfermiza llevó a José a la más abyecta realidad. Cientos de personas enfebrecidas por la intuición de la violencia. Gritos, pitos, humo de todo tipo de vegueros malolientes... Y de la nada apareció *Tripasanta* y le conminó:

—Te vas a tirar en el tercer asalto.

—¿Qué?

—Que te vas a tirar al suelo: fuera de combate en el tercer asalto. Y tiene que parecer de verdad.

—Nunca haré eso. No sé hacerlo.

—Pues lo harás. Piensa en tu hermano. Está en nuestro poder. Y piensa en tu mujer y tus hijos. Nuestras manos llegan muy lejos.

José pensó en eso. Pero por poco tiempo, porque ya estaba cruzando el umbral que daba al *ring*, del cual dos tipos sacaban a rastras a dos perros dejando en la lona un rastro de sangre. Uno de ellos tenía las fauces bloqueadas en el cuello del otro, ya muerto.

Dos chinos, vestidos como mandarines de otros tiempos, portaban una pequeña jaula con dos grillos dentro; uno estaba vivo, el otro muerto. Quien no haya visto nunca una pelea de grillos no puede hacerse una idea de lo que es la brutalidad animal.

Por fin José puso un pie en el cuadrilátero y una multitud rugió, silbó y pataleó. Bajo una luz parecida a la de los viejos acuarios, José vio a su oponente. Impresionante. Lo tenía todo: las manos eran como dos palas; los ojos, dos ascuas que miraban fijamente odiando todo cuanto miraban; las cejas, cien veces rotas; orejas como coles de Bruselas; la mandíbula, cuadrada; y los labios, llenos de cicatrices con un rictus de desprecio le daban un aire de animal asesino. Pero lo peor era su enorme envergadura. Dondequiera que miraras, allí estaba él. Inmenso. Omnipresente.

José, que era un tipo grande (un metro ochenta y siete) y fuerte, forjado

en la herrería de su tío desde los doce años, parecía un verdadero alfeñique a su lado. Aquel hombre mediría, por lo menos, dos metros. Ciento veinte kilos de huesos y músculos. Ni un gramo de grasa. Un *killer*. Se llamaba Bud Sharkey.

Se notaba a la legua que sus amos lo querían y tenían bien alimentado. José, por el contrario, llevaba sin comer desde la cuchipanda del Delmonico's, aunque lo peor era que iba drogado hasta las trancas. Casi no podía ni moverse. Los que lo eligieron para el tongo sabían muy bien lo que hacían. Parecía, solo parecía, un boxeador.

Los luchadores se situaron frente a frente. El árbitro, por llamar de alguna manera a aquella piltrafa alcoholizada, dijo las palabras de rigor y sonó la campana. Primer asalto.

Aquella fiera no quería perder el tiempo con José, así que, sin miramiento alguno, se fue directo hacia él y le asestó un derechazo en el pómulo con el que, además de decirle «buenas tardes», le hizo un corte por el que comenzó a sangrar. Pero lejos de amedrentarlo, despejó a José.

El público (a cualquier cosa llamamos público), al oler la sangre, aulló. Los tipejos que dirigían aquel matadero se frotaban las manos y echaban rápidas miradas a Paddy, para el que las cosas empezaban a salir como él quería. Quizá el primer asalto fuese demasiado pronto para el K.O., pero prefería eso a que el vasco se pusiese estupendo y no se echase a la lona ni a tiros.

Jack Dempsey dejó dicho, años más tarde, que, cuando uno pelea, lo hace por una sola cosa: dinero. Se equivocaba Dempsey en este caso; José lo hacía por conservar la vida. La suya y la de su familia.

Así que se fue hacia su enemigo como un toro. A bayoneta calada. En ese *ring* estaba claro que no se iban a seguir las nobles normas del marqués de Queensberry, sino las de los hombres de las cavernas. En cuanto entró en los terrenos de Bud, le arreó un *crochet* con la derecha, su puño bueno, que haría temblar a una estatua y, de paso, le quitaría cualquier manía a una mula vieja. Pero el otro ni pestañeó. Bueno, sí, pestañeó, pero poco más. La cosa se puso caliente en las gradas. Bud Sharkey lanzó un tremendo izquierdazo al rostro de José, que se apartó en el último momento, aunque le llegó otro con la derecha en el plexo, que le vació los pulmones y le

recordó quién mandaba en el *ring*. Las caras de los gánsteres de ambas facciones eran un poema.

José se tambaleó y no le quedó otra que hacer un *clinch*; es decir, agarrarse a su rival el máximo tiempo posible para recuperarse un poco y que pasasen los minutos. Muchos en el *ring side* decían que ese tipo tenía una zurda eléctrica. Aunque no las tenía todas consigo, y aunque su siguiente maniobra significaba dejar al descubierto el hígado, Bud lanzó a la cara de José dos *jabs* seguidos, que llegaron netos. Su sonido bien podría haber despertado a Napoleón. Eso hizo reaccionar al respetable (es un decir). El graderío era un manicomio. El veterano vio el desconcierto en la cara de José y se fue a por él como una mala bestia. Campana. El réferi borracho, en un momento de lucidez, paró la acometida con su cuerpo. Cada uno a su rincón.

Antes de que lo refrescasen, Paddy advirtió a José que no se pasase de listo, que corriese por el cuadrilátero o lo que fuese, pero que, si le lanzaba unos golpes tan contundentes, iba a acabar con ese desgraciado en un santiamén y el plan consistía en no parecer un paquete y después, en el tercer asalto, al suelo. A José le daba igual lo que le dijiesen. Total, no estaba *Tripasanta* para traducir... Campana. Segundo asalto.

Bud no se fiaba de José y se pegaba a él como una lapa. Ese tipo de boxeo ha gustado desde siempre al público americano. Lo que ellos llaman *fighters*. No es bonito, pero es muy efectivo porque en esa barahúnda de golpes puede haber de todo, desde *crochets* a ganchos, pasando por «golpes de conejo» en la nuca (que estaban prohibidos), hasta cabezazos, y, si el réferi estaba despistado, como era el caso, bastantes golpes bajos en forma de rodillazos.

Bueno, pues lo que les acabo de describir fue lo que el menguado cuerpo de José sufrió, para alegría de Paddy y su rincón, y desconcierto de José, que solo pensaba en el hambre que tenía y en esa medicina que le administraba la mujer misteriosa. ¡Necesitaba más!

Por aquella época no existían los protectores bucales y se podrán imaginar los pacientes lectores que hayan llegado hasta aquí cómo tenían la cara los dos boxeadores; sobre todo, el guerniqués. Bud Sharkey era una máquina de picar carne humana.

De un empujón, José lanzó a su enemigo unos metros, los suficientes para buscar la distancia que le convenía a su envergadura. Entonces se quedó saltando sobre el sitio y con la guardia abierta, como una niña saltando a la comba. El otro, furioso, se lanzó a por él, pero José lanzó un tremendo *uppercut* con tan mala puntería que no solo no le dio, sino que la inercia le hizo resbalar y acabar en el suelo. Bud aprovechó para arrearle tres puñetazos barriobajeros antes de que se pudiese levantar. Esas cosas estaban permitidas en aquellos tiempos salvajes. Campana. En palabras del gran Manuel Alcántara, «la muerte estaba jugando a las cuatro esquinas en el *ring*».

En sus rincones, los boxeadores eran refrescados por sus entrenadores. Bueno, es un decir: a José ni le refrescaban ni le daban consejos. ¿Qué le iban a decir? A lo lejos, Paddy le echó una mirada que podría fundir una estatua de bronce.

En las gradas más altas, los viejos corredores de apuestas, con su eterno puro en la comisura del labio y su sombrero de hongo, cruzaban sus apuestas mientras los chinos hacían lo propio, ataviados a la usanza de los emperadores de una dinastía ya extinta.

A José le mordían dos perros en el estómago: el hambre y las ganas de drogarse. No podía soltarse de las fauces de ninguno de los dos. Le temblaban las piernas y tenía sudores fríos. Campana. Tercer asalto.

Alguien dijo alguna vez que el boxeo es el único deporte en el que no se juega. Uno juega al fútbol, al tenis, al ping pong, a lo que sea; pero al boxeo no se juega. Y cualquiera que hubiera visto ese combate aquella noche memorable sabría de lo que estoy hablando.

Como ya he mencionado, en un tongo el único de los contendientes que lo es el que se tira. A pesar del enorme palizón que José estaba recibiendo, dejarse ganar porque sí era absolutamente impensable. Nunca había tenido miedo a nada en su vida y no iba a empezar esa tarde. Evaluó las amenazas recibidas y decidió que no le importaban.

Como resultado de la perfecta combinación de golpes de su oponente, José se encontraba en el suelo hecho una piltrafa. Desde ese humillante lugar, intentaba recordar cómo había llegado allí sin lograrlo. Su cara era una hamburguesa sanguinolenta y el árbitro, por llamar de alguna manera a

aquel rufián, había empezado a contar. José, a través del único ojo que le quedaba medio sano, contempló a su oponente, que se pavoneaba y levantaba los brazos entre saltitos alrededor del *ring*. Eso fue superior a sus fuerzas. Como movido por un resorte, se levantó de un salto y se fue hacia él chillando como un animal. La andanada que José encajó en el rostro de Bud fue tal que consiguió que en la sala se hiciera un silencio sepulcral. Desde la última fila se podía oír cómo se iban rompiendo los huesos. Nadie sabía si eran los de la cara de Bud Sharkey o de los puños de José.

Paddy, que masticaba un puro como si fuera regaliz, compuso una expresión que era un poema al odio, como sus secuaces y sus peligrosos socios de Manhattan. *Tripasanta* se escabulló hacia la salida.

Uno, dos, tres enormes puñetazos ejecutados sin ninguna técnica, pero con enorme eficacia, lograron que su enemigo trastabillara como un árbol a medio talar y comenzara a caer cuando, desde no se sabe dónde, voló una botella de medio litro de ron Patacruzado, seguramente procedente de unos marineros cubanos que estaban fondeados en el puerto, botella que fue a dar en pleno rostro de Bud. Aquello fue definitivo y le hizo besar la lona fuera de combate. Al mismo tiempo, comenzó una pelea de proporciones épicas que añadió más confusión al caos.

Aprovechando ese guirigay, José escapó a gatas entre el gentío, alcanzó la puerta y salió a la calle como estaba; es decir, prácticamente como su madre lo había traído al mundo. Inmediatamente, un paranoico Paddy hizo señas a los suyos para que dieran la caza, pero se vieron rodeados por los perros de presa de los socios neoyorquinos del irlandés, que les bajaron los humos en un pispa. A punta de pistola, Paddy y sus matones fueron conminados a abandonar el local y dar un paseíto.

Fue una pena, porque en aquel muladar había comenzado una reyerta que completaba satisfactoriamente la carnicería.

En la fría calle, José, en cueros como quien dice, descubrió una carreta cubierta con una lona. Se subió a la cartola y se arrebujo entre la paja, que era la mercancía que transportaba para algún establo de la zona. Se tranquilizó, cerró los ojos y escuchó el estrépito de los policías llegando al lugar. Entonces se durmió. Paz octaviana. Esa fue la última vez que alguien vio, vivo o muerto, a José.



Transcurrieron los cuarenta días prescritos por las autoridades y los que no fueron deportados a sus países se dispusieron a afrontar sus existencias para un futuro mejor. O eso creían ellos.

De nuevo, formaron como ganado frente a los vagones de tren. Por fin, para Juan y Florence terminaba la pesadilla. ¿Qué sería de José? Se lo preguntó a *Tripasanta*, que los acompañó para supervisar la operación de embarque en los vagones de madera para transportar animales. El cura les aseguró que no tenían nada de lo que preocuparse; José estaba entrenando para ser una gran estrella del deporte. En cuanto se convirtiese en millonario (algo que no tardaría en suceder), se presentaría personalmente en *Paradise Valley* para recoger a Juan y llevarlo a vivir con él. Eso aseguraba el cura. La esperanza, y también el amor por Florence, pesaban más en su alma que la duda y la suspicacia. Agarró fuerte la mano de la francesa, subió la rampa de madera, cruzó el portón y acomodó la paja del suelo para soportar el eterno viaje a Nevada: cuatro mil cincuenta y cinco kilómetros. Tendrían semana y media para conocer ese acogedor continente, estación por estación.

Las cinco treinta y tres de la tarde, bonita hora para que un tren llegue a su destino. Sobre todo, si ese tren va cargado de esperanza (perdón por la cursilada, pero, en este caso, era la pura verdad). Hacía solo unos meses que Juan y José habían salido de su casa, aunque parecía siglos.

La pobre gente que atiborraba los vagones bajó entre los ensordecedores gritos de los dos hombres de Paddy que tenían como tarea pastorear aquel rebaño de mansos hasta la estación de Winnemucca. Para ellos eran unas vacaciones al sol porque no tenía mayor importancia lo de entregar la mercancía e informar al patrón del rancho y sus socios de que, en breve, llegaría Patrick O'Shaughnessy en persona con gente muy principal del Este para cerrar los negocios. Un par de días disfrutando del sol y las chicas, y de vuelta a *Hell's Kitchen*.

Formaron al rebaño en la misma estación, que aparecía desierta salvo por un indio que dormitaba a la sombra. No abrió los ojos ni cuando llegó ni cuando partió el tren. Los dos tipos lo miraron divertidos. Ellos, vestidos a la manera rufianesca de los matones de la gran ciudad, no habían visto a alguien así en su vida, ni en el circo de Búfalo Bill, aunque jamás habían asistido a un espectáculo circense. Los tipos duros no van al circo. No sabían que ellos mismos pertenecían a la sección más aplaudida por la chiquillería, la de los payasos.

Aquel pequeño ejército se plantó frente a un letrero que indicaba la distancia de un par de millas hasta *Paradise Valley* y, a pie, se dirigieron allí. Los «pastores» estaban extrañados de que ninguno hubiese acudido a recibirlos. Sacaron sus pistolones automáticos y comenzaron a caminar por el polvoriento sendero. Al llegar a una explanada, se encontraron con algunos edificios vacíos y un *saloon*, un poco alejado de los demás, también vacío.

Mandaron parar a todo el mundo, asombrados como estaban de que nadie se personara como comité de bienvenida. En un abrir y cerrar de ojos, desde tejados, colinas, cerros y vaguadas aparecieron personas armadas con rifles, arcos y flechas y todo tipo de armas de fuego cortantes y/o arrojadas. Alguien apartó la lona del famoso carromato y apareció la ametralladora Gatlin con Jude a los mandos. Accionó la manivela y disparó una ráfaga sin apuntar a nada en concreto, lo que hizo que todo el mundo se agachara. Solo permanecieron en pie los secuaces. Florence y Juan se arrebujaron en el suelo hechos una bola. Los gánsteres se encontraban entre temerosos y asombrados por la estruendosa eficacia de la máquina de matar que manejaba Jude.

Uno de ellos cometió la estupidez de apuntar con su pistola a Jude. En ese mismo momento, una flecha le atravesó la garganta. El otro tipo se dio la vuelta para intentar huir. Fue cosido a flechazos.

Juan y Florence se incorporaron mientras el primer tipo agonizaba, de rodillas y entre estertores, intentando arrancarse la flecha de la garganta. Otra flecha, esa vez en el corazón, le despenó.

—¡Vosotros dos, manos arriba! —ordenó Jude a Juan y Florence, las únicas personas que estaban de pie.

Tan pronto como Juan levantó las manos, Florence sacó una gran aguja que servía para armar su peinado y se la clavó en el sobaco. La falta de práctica hizo que tuviera que hurgar un poco para encontrar el corazón, pero pronto dio con él. Juan cayó al suelo de rodillas sin entender nada. Con la mirada, buscó a Florence. ¿Sorpresa, decepción, resignación? Todo a la vez. Como la mirada de Falstaff cuando comprendió que su amigo Enrique V ya no lo quería, pero Juan no había leído a Shakespeare.

—¿Por qué?

—Infeliz —escupió ella ante el estupor de los allí presentes.

Y con paso firme, se dirigió hacia el dueño de la ametralladora.

Un coyote aulló a lo lejos.

CAPÍTULO 13

¿Quién no recuerda aquellos inolvidables dibujos animados de la *Warner Brothers* donde, al pobre gato Silvestre, después de caer de un decimocuarto piso, le caían encima un piano, una caja fuerte y, por fin, un yunque? Pues bien, a Paddy O' Shaughnessy parecía haberle pasado lo mismo, pero de verdad.

Después de la famosa pelea y la reyerta subsiguiente, le habían echado mano los hombres de Johnny Torrio y sus socios neoyorquinos, lo habían llevado a rastras por ese submundo de las cloacas de Manhattan, y le había caído encima toda la capacidad punitiva que esos monstruos eran capaces de desarrollar, que, por prolija y desagradable, no me siento con fuerzas de describir, y se encontraba ahora desnudo y desvalido, macerado en su propia sangre, tiritando de frío y miedo ante dos matones que se encontraban a la espera de la llegada del gran jefe, que, como todos los grandes jefes, se hacía esperar.

Mientras tanto, los sujetos que lo custodiaban mataban el tiempo con cualquier cosa porque habían decidido que, con otro golpe más, se corría el riesgo de acabar con la vida del custodiado y tampoco era plan. Uno fumaba indolente y el otro, en tradicional actitud gansteril, se limpiaba la mugre de las uñas con una enorme navaja; tenía trabajo.

Por fin se abrió la puerta de golpe, los tipejos se pusieron poco menos que firmes y apareció Johnny Torrio en persona, acompañado de Giuseppe Morello y Joe Masseria. El *capo* era Morello, que llevaba ya muchos años mandando en las calles de Manhattan, y eso que su brazo derecho,

completamente atrofiado y terminado en una mano con un solo dedo en forma de garfio, disminuía mucho sus capacidades físicas, pero ya sabemos que el liderazgo es una cuestión de actitud más que de aptitud.

Paddy, que estaba atado a una silla con unas cadenas, prácticamente ni se enteró. Muchos dirían que recordaba a una almohadilla en la que se había sentado un gordo durante un partido entero de los *New York Highlanders*. El capo habló:

—Bueno, Paddy... Todo ha acabado. Estuvo muy bien hacer negocios contigo, pero ya nos has hecho perder mucho dinero. Te lo advertimos. De todas formas, tu tiempo ha pasado. Nos hemos reunido y creemos que la idea de Nevada está muy bien dadas sus peculiaridades legales, pero es muy complicada... y cara. Seguiremos comprando funcionarios de Hacienda; lo de siempre. Los casinos... no sé... no lo vemos. Quizá más adelante. Por otra parte, esas hijaputas de la Liga Antialcohol cada vez tienen más influencia en la opinión pública; es cuestión de tiempo que el alcohol se prohíba. Y, mira tú por dónde, ahí me parece que nos van a hacer un gran favor. Puede haber un buen negocio. ¡Habrà que organizarse! —Paddy lo miró en silencio con el único ojo que todavía permanecía en su órbita—. En fin, Paddy, te dejamos. Tenemos mucho trabajo. Te devolvemos a tu añorada Irlanda. Según tus propias palabras, «un agujero lleno de mierda y pulgas». *Ciao!* —El capo, acompañado de sus socios, salió del tugurio dejando tras él un olor a perfume caro y muerte.

Paddy fue desatado y conducido a rastras hasta la puerta de otro cubículo, que abrieron para arrojar al irlandés de un rápido empujón. Estaba en un pozo no muy profundo lleno de excrementos y pulgas. ¡Miles de pulgas! Se las podía ver saltar. Inmediatamente, cerraron y sellaron la puerta. Uno de ellos, que era un gracioso, que clavó en la puerta un cartel que rezaba «EIRE».

Paddy dejó de rascarse a la hora más o menos, cuando supusieron que había muerto. Uno pagó al otro un dólar por la apuesta perdida y se largaron cantando alegremente «Danny boy».



Habían transcurrido tres días desde la llegada a *Paradise Valley* del grupo de desdichados procedentes de la isla de Ellis. Los patronos recogieron a su correspondiente grupo de braceros y partieron con ellos a sus respectivas explotaciones ganaderas.

Atrás quedaron las efusiones amorosas que Jude, el gerente del *saloon*, y Florence, la educada y virginal francesita, se prodigaron. Tres días con sus noches en los que la feliz pareja dejó la habitación de Jude como si hubiera pasado por ella un ejército completo de cosacos del Don al poner en práctica las nuevas habilidades amatorias que solo una lagarta como aquella podía exportar desde la bella Francia.

Ahora, mientras las percantas que trabajaban para él adecentaban su habitación, la pareja se encontraba cómodamente sentada en el despacho de Jude saboreando sendos *bourbon* y observando las volutas de humo de sus respectivos cigarros puros.

—¡Joder! —exclamó él—. Es que yo sigo sin tener claro cómo lograste pasar, ante las mismas barbas de las autoridades de inmigración, a ese mostrenco como tu marido. Esos son capaces de contarte hasta los pelos del culo.

—Créeme: esa gente está más preocupada por averiguar si tienes la sífilis que por comprobar el libro de familia. Les dije que lo había perdido y coló. No te imaginas el lío que había allí montado.

—Nunca lo sabré. Pasé por Tijuana. En fin, te lo dije en París y te lo repito aquí, ¡eres un caso!

—Bueno, ¿y tú qué? Me prometiste un futuro digno de Cleopatra y aquí no veo más que polvo, indios y putas.

—Me equivoqué. Cleopatra se suicidó. No: lo nuestro será mejor que la historia de Antonio y Cleopatra, pero hay que esperar un tiempo. Me ha llegado un soplo sobre la posible concesión de casinos a estos pobres desgraciados.

—¿A los indios? ¡Esta sí que es buena!

—Mujer, algo habrá que darles para que dejen de chillar. Si queda alguno vivo... Yo, de momento, como puedes ver, soy íntimo suyo. Unos tragos y un polvo gratis, y comen de mi mano. Si permanezco a su lado, a lo mejor puedo gestionar alguna de esas concesiones.

—Pero ¿tú te imaginas un Montecarlo aquí?

—Cosas más raras se han visto. Pero me gustaría que fuese algo más al sur. Quizá Reno... no lo sé.

—Pues procura abreviar; este lugar me parece una verdadera birria.

—¿De verdad tuviste que matar a ese pobre infeliz, a ese vasquito?

—¿Qué iba a hacer? ¿Decirle que se viniera a vivir con nosotros? Me sirvió para lo que me sirvió. El chaval tenía un hermano, grande como un castillo, que nos sacó de algún apuro. El tipo más grande y fiero que haya visto en mi vida. Y como sabes, en mi vida ha habido tipos grandes y fieros. Pero calculé mal, como ya te he explicado. En la isla de Ellis lo captaron para el boxeo, o algo así, y nos quedamos sin su protección. Tampoco nos hizo falta. Pero tenemos que estar atentos. No me extrañaría que cualquier día se presentase por aquí preguntando por su hermano y la dulce francesita.

—Eres de lo que no hay. Pero con lo que me quito el sombrero es con lo del veneno. ¡En las fundas de las muelas! ¡Quién lo iba a imaginar! Ahí sí que te la jugaste de verdad; cualquier poro, cualquier holgura...

—Conocí una vez a un dentista alemán. Un hombrecillo insignificante, pero con una gran imaginación en todos los sentidos, te lo aseguro. Él me hizo esas maravillosas fundas. Valía mucho. Seguro que le va bien en Berlín. —Apagó fieramente la colilla de su cigarro puro en un cenicero de cristal de roca, se estiró y dijo—: Espero que esas zánganas me hayan preparado ya el baño.

—¿Otro? ¡Pero si te has dado ya siete en tres días!

—No me quitaré la mugre de este viaje ni en cien años.

—Una última cosa antes del baño... ¿Tardó mucho en morir tu marido?

—Como no podía darle dosis masivas, tuve que ir suministrándole el veneno poco a poco, así que no se moría ni a tiros.

—Eres una artista.

EPÍLOGO

Años después de los hechos aquí relatados (concretamente, cinco años más tarde), se presentó en Guernica un hombre reclamando la casa del indiano que decía ser de su propiedad. Este hombre iba bien vestido, olía a perfume caro y estaba sentado en la notaría de don Silvestre Ibarlucea y Zárraga. Don Silvestre estaba examinando las escrituras de propiedad y bebiendo a pequeños sorbos el café-café que había servido su pasante, el melifluo don Fermín.

—¡Irreprochable! —exclamó don Silvestre—. Tenemos que poner al día diversos impuestos atrasados por estos años en los que usted no ha pasado a tomar posesión de la finca y que no ha tributado, pero por lo demás, ¡irreprochable!

—Tendrán algún recargo por mora, don Silvestre —terció don Fermín con gesto contrito y visiblemente molesto por tener que dar la noticia, pero nada que no aliviase sus tics de tocar repetidamente la leontina del reloj, atusarse el cabello engominado y mirar constantemente la hora.

—Por supuesto, por supuesto... Pero será cosa de poca monta. Además, yo en Hacienda tengo vara alta. ¿Qué le parece, don Salustiano?

Tripasanta (o *Hollybelly*, como lo queramos llamar) tardó un segundo en darse cuenta de que se dirigían a él, carraspeó un poco y respondió:

—Me parece fenomenal. A ver si aclaramos este lío y tomo por fin posesión de lo que es mío.

—Hablando de líos... El que tiene que aclararse de una vez es el de sus actividades en América... Ya sabe que hay gente maliciosa en todas partes

y no falta quien dice que estaba usted en esa trama de tráfico de seres humanos que llena los periódicos en estos días. Incluso hay quien lo acusa de ser el máximo responsable de la captación y...

—¡Ya está bien! —le cortó *Tripasanta*—. ¡Yo no sé quién es esa gentuza, si es que esa gentuza existe! No he visto jamás una cosa así. A mi alrededor solo he visto gente que se ha dejado la vida en trabajos dignos y...

—Bueno, bueno, don Salustiano. No estamos pidiéndole ningún tipo de explicación. Lo que pasa es que...

—¡Pues parece todo lo contrario, diantre!

—En ese caso, la reunión bien merece agua, azucarillos y aguardiente. Y el mejor lugar para ese menester es la taberna de Saturnino. ¡Hacen el mejor bacalao de la comarca, mejor que en Bilbao!

En alegre compadreo, salieron de la notaría y pusieron rumbo hacia la taberna de Saturnino, el *Gaur*, donde iban a dar cuenta de unas alubias con sus sacramentos y bacalao a la vizcaína.

Un par de horas más tarde, el notario y su pasante se dirigieron a la notaría, y *Tripasanta*, al hostel en que no le quedaba otro remedio que hospedarse mientras se resolvían los asuntos mostrencos de la burocracia. En una encrucijada de calles, salió una sombra embozada de la nada. En medio de la carrera, el embozo se resbaló y cayó, aunque nadie fue capaz de identificarla. En un abrir y cerrar de ojos, se echó encima de Salustiano *Tripasanta* y, con mano maestra, le hundió en la vejiga un cuchillo de cocina de treinta centímetros de hoja, que tiró hacia arriba con todas sus fuerzas. Las santas tripas se esparcieron por el empedrado como una red desbordada de peces al depositarla en cubierta. Igualito. El notario y su ayudante, que aún no habían cruzado el umbral del portal, se desgañitaron pidiendo socorro.

Irene dio media vuelta y se fue tranquilamente a casa. Tiró el cuchillo al suelo después de mirarlo espantada, pues se había partido; no era de buena calidad. Sus zapatos habían dejado huellas de sangre hasta el portal de su casa. Un rato más tarde, llamaron violentamente a la puerta. Irene se despidió con entereza de sus hijos y abrió. Era el vago de Pedro, el alguacil, acompañado de una dotación completa de la Guardia Civil. Irene, extendió

mansamente las manos para que le ajustasen los grilletes. Aquellas manos cuyas palmas carecían prácticamente de arrugas o huellas dactilares, abrasadas por la lejía, llenas de cicatrices de tanto limpiar pescado y las casas de otros.

La condenaron a muerte y la enviaron al penal de Valmaseda. En el último momento, rogó a Dios no temblar. Llegó el confesor y no tembló. Cruzó el patio empapada por el sirimiri y no tembló. Dicen que son trece las escaleras que conducen al patíbulo. Dudó, pero ¡no tembló! Crucifijo. Capucha. Crujido. Todo sin temblar. La agarrotaron el 3 de octubre de 1917. Eduardo Dato no tuvo piedad de ella. Pedro Mateu Cusidó, Luis Nicolau Fort y Ramón Casanellas Lluch tampoco tuvieron piedad de Dato.

COLOFÓN

El 20 de junio de 1947, en su casa de *Beverly Hills*, California, fue asesinado *Bugsy Siegel*. Dicen que uno de los promotores de su asesinato fue Meyer Lansky, el principal contable de la *Cosa Nostra*, tras verificar que el Flamingo daba constantes pérdidas. Y es que esas cosas no le gustaban a la familia. Se había perdido demasiado dinero y, por lo visto, Siegel estaba maquillando los resultados contables.

Pero otros negocios de Siegel habían dado dinero, mucho dinero, y, si este estaba pelado, entonces, ¿quién se había quedado con su pasta?

Unos meses después de aquel ajuste de cuentas, a muchos miles de kilómetros de *Beverly Hills*, en *Cap'Dantibes*, tuvo lugar un asesinato que no llamó mucho la atención. Alguien entró y salió de la modesta villa en la que vivía un matrimonio ya mayor del que poca gente sabía algo. Los vecinos se los encontraban en la panadería, en el mercado, en la lechería... «Hola» y «adiós», nada de «boites» ni cafeterías bulliciosas. Decían que eran americanos.

A él le pegaron dos tiros nada más cruzar la entrada de la casa. Una vecina aseguró que una mujer gritó y suplicó por su vida, pero pensó que vendría de alguna fiesta de las muchas que se organizaban en las villas de la zona. Gente bien pasada de drogas y alcohol. Aseguran que gritaba que ella no tenía nada que ver, que era cosa de su marido, que ella no sabía nada.

La caja fuerte estaba abierta y vacía. La mujer tenía un balazo en la palma de la mano en un intento por defenderse. Ella había hecho lo que sabía: traicionar a cualquiera para salvarse. A Jude lo liquidaron por ser el

cerebro de Siegel y por quedarse con lo que pudo de su patrón cuando ya las cosas estaban muy mal para el gánster judío. A Jude lo liquidaron gracias al soplo de ella a Lansky, pero también ella pagó la traición con su vida. Sus argumentos, esa vez, no colaron.

BILBAO, 24-12-2018.



ÁLVARO ORDÓÑEZ IRAGORRI: En 1989, la empresa del metal en la que trabajaba cerró (un clásico en el Bilbao de la época). Desde entonces, he desarrollado innumerables labores dentro del campo de la cultura: director de varios programas de *jazz* en la radio; actor en series de televisión, cine y radio; presentador en el mismo ámbito; y guionista y crítico de cine en periódicos. Sorprendentemente, estos trabajos me han dado para comer.

Ustedes, amigos lectores, dirán si esta nueva aventura, la de escritor, me dará para merendar.